Francesc Marí

STAR
EL CAMINO DE LA FUERZA
WARS

Ornesha Lera y Lonus Naa son dos caballeros de la Nueva Orden Jedi que se encuentran en el desértico planeta de Tatooine tras la pista de un supuesto sith. Sin embargo, al regresar a Coruscant con las manos vacías, descubren que la amenaza procede de otro lugar, uno más cercano.

Para enfrentarse al nuevo renacer del lado oscuro, el consejo jedi, liderado por Luke Skywalker, los enviará a buscar al único que puede ayudarlos, un antiguo maestro jedi.



El camino de la fuerza

Francesc Marí



LEYENDAS

Esta historia de fan fiction encajaría en la continuidad de Leyendas.

Autor: Francesc Marí

Publicación del original: 2015



 en algún momento entre 11 y 24 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

06.12.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de escritura, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Uno

Una estruendosa explosión truncó la paz del desértico planeta de Tatooine, provocando un eco que se extendió quilómetros a la redonda, haciendo que la arena se levantara a su paso. El gigantesco palacio de Jabba el Hutt había desaparecido tras una cortina de llamas, cenizas y rocas.

De entre la nube de polvo que se había levantado en la colina, en la que una vez se alzó el lugar de residencia del temible Hutt, aparecieron dos figuras. La de la derecha era una mujer *twi'lek* de piel rosada, andaba con los ojos cerrados para evitar que la arena le entrara en ellos; la de la izquierda era un hombre humano, con el cabello muy corto de color negro, que no paraba de toser de forma casi tan estruendosa como la explosión que los había precedido.

—¿Crees que será suficiente? —preguntó el hombre sin dejar de toser.

—Supongo que sí, mi joven *padawan* —respondió ella limpiándose la cara de la arena que había quedado pegada a su cuerpo sudoroso.

—Te he dicho mil veces que no me llames así, hace años que deje de ser tu *padawan* —protestó el hombre.

—Lo sé, Lonus, lo sé. Ahora ocupas un lugar muy diferente en mi vida —respondió ella con sorna mientras que ayudaba al humano a acabar de quitarse la arena de encima, dejando a la vista la cara mal afeitada de un treintañero—. No protestes más y regresemos a Coruscant cuanto antes —añadió dándole un cariñoso beso en los labios.

Antes de que el joven Lonus pudiera disfrutar con lo que la *twi'lek* le había obsequiado, un enorme rancor atravesó la cortina de polvo arrastrando con él parte de uno de los muros del palacio que los dos *jedis* habían dejado atrás.

Al detectar el peligro, la *twi'lek* y el humano apretaron los activadores de sus sables al unísono, dejando ver sus luminosas hojas, al mismo tiempo que se ponían en posición de ataque.

—¡Por la Fuerza! ¿Qué no mueren nunca estos bichos? —exclamó Lonus.

La *twi'lek* lo observó con una sonrisa, Lonus Naa era incorregible, nunca dejaría de ser el chico de los barrios bajos de Coruscant.

—Yo me encargo —anunció la joven maestro *twi'lek* de piel rosada empezando a correr hacia el rancor.

Sin embargo, se acercó demasiado al inmenso animal, que, sin dudarlo, le propinó tal golpe que la lanzó contra una roca a varios metros de distancia. Preocupado por su compañera, Lonus realizó un potente salto aprovechando la Fuerza que lo acercó donde la *twi'lek* estaba tendida bocabajo.

—¿Estás bien, Ornesha? —preguntó Lonus haciendo girar a la *jedi*.

—De momento… Sí —respondió Ornesha al quedarse bocarriba.

No tenían demasiado tiempo antes que el monstruoso rancor los atrapara, así que Lonus ayudó a Ornesha a levantarse. Ambos *jedis* se miraron y ambos pensaron lo mismo: «¿Tienes un plan?». Al ver la expresión de horror del otro, los dos empezaron a

tejer estratagemas en sus mentes, algo que les permitiera sobrevivir. Pensaban tan rápido como sus mentes les permitían, mirándose entre ellos a la vez que esperaban con los sables alzados a que el rancor estuviera sobre ellos. Todos los planes que se les ocurrían eran rápidamente descartados por ser demasiado descabellados, o por no tener tiempo para llevarlos a cabo. Pero, al fin, Lonus dio con el más adecuado:

—Tengo una idea… ¡Corre! —gritó el *jedi* justo cuando tenían el rancor prácticamente encima.

Sin que Lonus tuviera que repetírselo dos veces, Ornesha empezó a correr a su lado haciendo que las dos colas de su cabeza se bambolearan tras ella. A pesar que corrían tanto como sus piernas y la Fuerza les permitían, el enorme animal no dejaba de ganar terreno a cada paso que daba.

A medida que avanzaban y abandonaban la colina, sus pies se ralentizaban al intentar correr sobre la espesa arena del desierto de Tatooine. Solo tenían dos salidas, morir atrapados por el rancor o hundidos en arenas movedizas; o bien se enfrentaban al gigantesco animal.

Los años pasados como maestro y aprendiz, así como los años como pareja, les había permitido tener una comunicación en la que no necesitaban palabras para entenderse mutuamente. Tan solo con una mirada, supieron lo que tenían que hacer.

Súbitamente, los dos *jedis* se detuvieron y, girando sobre sus talones, emprendieron de nuevo la marcha en dirección opuesta, hacia el rancor. El monstruo intentó cogerles cuando ambos pasaron entre sus piernas, pero los *jedis* lo evitaron con una velocidad casi sobrehumana. Antes de que el rancor pudiera darse la vuelta para capturarlos, la pareja de *jedis* aprovechó la agilidad que les proporcionaba la Fuerza, para saltar sobre la espalda de la criatura.

El monstruo se sacudía para sacarse de encima a los *jedis*, pero estos mantenían el equilibrio esperando el momento oportuno para clavar sendos sables en la cabeza del enorme rancor.

Pero cuando los dos estaban empuñando sus armas a punto de asestar el golpe mortal, una descomunal garra cogió a Lonus. El rancor parecía tener intención de comerse al *jedi* humano para desayunar, y Lonus tenía poco que objetar, ya que la fuerza con la que estrujaba su cuerpo le impedía pensar con claridad. El monstruo abrió sus mandíbulas tanto como pudo y se acercó el desafortunado *jedi*.

Lonus podía sentir el calor interno del cuerpo del rancor, así como el hedor que desprendía su garganta. De repente, sintió como una gran gota de baba se desprendía del paladar de la criatura y caía sobre su cabeza.

—Mira que morir de este modo —dijo Lonus desesperanzado—. Yo hubiera querido hacerlo luchando contra un poderoso *sith*. Como un *jedi*. Como un héroe…

Antes que las lamentaciones de Lonus fueran definitivamente ahogadas en baba de rancor, una potente luz verde iluminó el interior de la cavidad bucal del monstruo, haciendo que este rugiera de dolor. Lonus comprendió lo que sucedía, el resplandor verde procedía del sable de luz de Ornesha.

Evitando pensar en la presión que todavía ejercía la garra del rancor sobre su cuerpo, Lonus desenvainó su sable de color azul y atravesó una vez tras otra el paladar de la criatura.

Tras tambalearse hacia adelante y hacia atrás en diversas ocasiones, como si su cerebro se negase a morir, el rancor, finalmente, se desplomó sobre la arena, sin vida.

Después de bajar de la espalda del monstruo, Ornesha sacudió la cabeza para que todo lo que daba vueltas volviera a su lugar. Acababa de comprobar que cabalgar a lomos de un rancor no era bueno para el mareo.

Cuando estuvo recuperada, Ornesha pudo ver como Lonus peleaba por salir de entre las dientes del rancor y por desprenderse de los grandes dedos que todavía lo atenazaban.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ornesha al ver como Lonus se acercaba tambaleándose a ella con la mitad superior del cuerpo cubierto por espesas babas de rancor.

—No muy bien, la verdad —afirmó Lonus con sarcasmo—. Casi me ahogo ahí dentro, no veas como le cantaba el aliento a ese bicho —explicó el *jedi*, que desprendía un hedor muy fuerte, proveniente de las babas del rancor que se descolgaban desde su cabeza hasta la arena del desierto.

—Bueno, no te preocupes —contestó Ornesha—, ahora nos queda un largo trayecto hasta el puerto de Mos Eisley. Así que tienes tiempo para quitarte de encima todo esta… Porquería —añadió señalando a Lonus con asco.

Emprendieron la marcha dejando atrás los restos del castillo de Jabba el Hutt y los despojos del rancor. A cada paso, Lonus protestaba mientras intentaba limpiarse, sin éxito, las babas del rancor. Sin embargo, Ornesha no le prestaba atención, su cabeza estaba dándole vueltas a otra cosa.

—Resulta extraño, ¿no crees? —preguntó la *jedi*.

—No creo, ahora solo odio…

—Ya sabes qué dirían los maestros del consejo. El odio lleva a la ira, la ira…

—No me vengas ahora con viejos refranes de antes de la guerra —protestó Lonus, pero después añadió—: ¿Qué te resulta extraño?

—Veamos, de golpe recibimos avisos de nuestros informadores en el planeta de que ha sido visto un *sith*.

—Exacto.

—En pocos días venimos nosotros, y no encontramos ni al supuesto *sith*, ni a los informadores, ni a nadie que quiera decirnos si el rumor era cierto.

Lonus afirmó con la cabeza, no podía abrir la boca ya que un goterón de babas de rancor estaba resbalando por su frente.

—Pero, justo cuando íbamos a abandonar el planeta y marcharnos creyendo que era un rumor, aparece un vendedor ambulante por pura «casualidad» que nos explica que el *sith* se encontraba en el palacio de Jabba.

Lonus no dijo nada, sabía que Ornesha seguiría pensando en voz alta.

—Nos creemos la información, vamos al lugar y descubrimos restos de comida y hogueras que nos confirman que durante la última semana alguien había estado allí.

—¿Y?

—Pues que ni los informadores, ni nadie del pueblo, ni tan siquiera el misterioso vendedor nos dijo que todavía quedaba un rancor.

—¿Y? —insistió Lonus, cuyos nervios empezaban a crisparse por culpa de las babas y los rodeos de Ornesha.

—¿Es que no lo ves? —preguntó la *twi'lek* ofendida.

El otro negó con la cabeza.

—Alguien quería que no saliéramos con vida de ese palacio. Esperaba que el rancor acabara con nosotros.

Lonus lo miró abriendo los ojos y la boca de par en par, pero tuvo que cerrarlos antes de que más babas entraran en ellos.

—Debemos informar cuantos antes al consejo de que alguien pretende matar a los *jedis*.

—Eres un poco exagerada, ¿no crees? —repuso Lonus—. Vale, han intentado matarnos, pero eso no significa que quieran acabar con todos los *jedis*.

—Sí, pero como mínimo quiere decir que alguien no quiere que investiguemos en este planeta…

—O sobre los *sith* —dijo Lonus terminando la frase de su compañera.

Ambos se miraron a la vez sorprendidos y asustados, por lo que aquello podía significar.

—De acuerdo, eso sí que te lo compro —afirmó Lonus aceptando que la reflexión de Ornesha tenía fundamentos.

El resto del día, estuvieron andando por la densa arena del desierto de Tatooine hasta que llegaron a Mos Eisley, pero lo hicieron apenas sin hablar. Lonus estaba extremadamente enfadado por no conseguir quitarse de encima por completo ni las babas del rancor, ni su hedor. Y su enfado no menguó cuando entraron en el puerto espacial. Solo cruzar las puertas de la ciudad, toda la gente que andaba de un lugar a otro, compraba comida en el mercado o, simplemente, trapicheaba en las esquinas, se apartaron de los *jedis*. No porque fueran *jedis*, sino por el horrible olor que desprendía Lonus.

—Rápido, vayámonos de aquí —dijo Lonus viendo cómo la gente lo trataba como un paria.

—¿No quieres limpiarte primero? —preguntó Ornesha.

—No, no, ya lo haré cuando lleguemos a Coruscant —respondió Lonus acelerando el paso dirigiéndose hacia el hangar en el que había su vehículo de transporte.

Así que, apenas habiendo llegado a Mos Eisley, ya estaban abandonando el puerto espacial y el planeta a toda prisa.

Dos

Cuando posaron la nave de transporte en la plataforma de aterrizaje exterior del Templo *Jedi*, no había nadie esperando a recibirles.

—Tanta tontería con lo del *sith* y ahora no vienen a preguntar qué ha sucedido —protestó Lonus.

—Y no olvides el rancor —dijo Ornesha con una sonrisa.

—Eso, eso, el rancor —insistió Lonus.

A medida que los dos *jedis* se alejaban de sus naves, se acercaban lentamente al renovado Templo *Jedi*. La visión que tenían ante sus ojos era cautivadora, frente a ellos se alzaba la inmensa construcción, sede de los caballeros de la luz. El Templo, destruido y desmantelado después de la Purga tras la caída de la Antigua República Galáctica, había sido reconstruido con esmero, prácticamente poniendo cada piedra en su lugar de origen, para que, con el nacimiento de la Nueva República, viera renacer a la Orden *Jedi*, perdida durante décadas.

Al pasar entre las grandes torres que guardaban la entrada, Ornesha y Lonus sintieron como se les erizaba la piel. Ellos formaban parte de aquello, del nuevo orden, de la nueva estirpe de *jedis*. Con sus propios ojos había visto como ese símbolo de la paz iba tomando forma y, ahora, casi una década después de la caída del Imperio, los *jedis* volvían a brillar con luz propia bajo las órdenes el maestro Luke Skywalker y de un consejo tan poderoso como en tiempos del maestro Yoda.

A cada paso que daban, el humano y la *twi'lek* se sentían empequeñecidos ante la inmensidad del Templo, cuyo tamaño olvidaban cuando estaban lejos de él. Pero, en seguida, las preocupaciones de Lonus fueron hacia otros derroteros, al ver como otros *jedis* que había en la entrada y entre la columnata de acceso, se apartaban molestos por el olor que todavía desprendían sus ropas.

—¡Maldita sea! —protestó el humano.

Ornesha no dijo nada, solo sonrió al ver como su pareja intentaba aguantar la respiración indefinidamente, pero al no conseguirlo, acababa tomando una descomunal bocanada de aire pestilente que lo llevaba a enfadarse aún más.

Cuando llegaron al gran vestíbulo de la entrada, que daba acceso a las diferentes áreas del Templo, Lonus se detuvo.

—¿Te importa si vas sola a hablar con el consejo? —preguntó.

—No hay problema —contestó ella.

—De acuerdo, pues. Iré a las habitaciones a ver si logro quitarme de encima este horrible olor.

—Más te vale —le recomendó ella entre risas, y después añadió—: ¿Nos vemos luego en la sala de entrenamiento?

—Claro. Prepárate para recibir una buena paliza…

—Ya lo veremos, *padawan*, ya lo veremos.

Lonus se marchó refunfuñando y protestando, tanto por el maldito olor de las babas del rancor, como por la insistencia de Ornesha por recordarle que, una vez, fue su aprendiz.

Antes de que Lonus desapareciera por la amplia escalinata que llevaba a las dependencias de los caballeros *jedi* que vivían en el Templo, Ornesha subió los peldaños que la separaban de la base del ascensor de la torre situada en el centro del Templo, en lo más alto de la cual se reunía el consejo *jedi*.

El caballero *jedi* que vigilaba el acceso la saludó dándole permiso para subir. Todo el mundo sabía quién era Ornesha, era la ventaja de tener la piel rosada y dos grandes colas que salían de la parte posterior de su cabeza. No pasaba desapercibida entre una comunidad *jedi* mayoritariamente humana.

Una vez llegó arriba, recorrió los pocos metros de pasillo que separaban el ascensor la sala del consejo. La puerta que daba acceso al lugar donde se encontraban los *jedis* más poderosos de la Galaxia. Era grande pero no ostentosa, de tonos marrones y con una decoración neutra, carente de símbolos de cualquiera de las múltiples culturas que formaban la Orden.

Ornesha se detuvo frente a ella y, antes de empujar las dos hojas que formaban la puerta, hinchó los pulmones y respiró hondo. Sabía que al consejo le preocupaba mucho que existiera la posibilidad de que los *sith* renacieran de nuevo, por pequeña que fuera. Así que los nervios recorrían todo su cuerpo, ya que en realidad no había podido aclarar absolutamente nada. Lo único que tenía eran unos restos de comida en un palacio abandonado desde hacía años y un rancor con muy mala uva. Pero sobre todo, lo que más alteraba la paz de la *twi'lek* era que el maestro Skywalker había puesto todas sus esperanzas en ella.

—Ornesha, descubre algo, no quiero que la Galaxia vuelva a correr peligro —le había dicho el maestro *jedi* justo antes de partir.

La *twi'lek* era una *jedi* poderosa y con un gran futuro, sin embargo su juventud la había puesto en duda en más de una ocasión, por lo que fallar en aquella misión tan importante podía apartarla de las operaciones llevadas a cabo por el consejo, relegándola a meras tareas rutinarias. Además, no solo era ella la que sufriría esta infravaloración, Lonus tanto como compañero y *padawan* le seguiría a cualquier lugar al que ella fuera enviada.

—¿Tiene algo sobre lo que informarnos? —le preguntó la voz de un hombre interrumpiendo sus pensamientos.

Ornesha no pudo dejar de sorprenderse al ver que el maestro Pinfeas la observaba con sus penetrantes ojos azul celeste, mientras que el resto de miembros del consejo la esperaban sentados en sus respectivas butacas.

—¿Eh? Sí, claro… —respondió la *twi'lek* balbuceando.

—Relájese, maestra Lera —dijo el maestros Pinfeas mientras el sol del exterior se reflejaba en sus casi albinos cabellos rubios—. Entre, el consejo la espera.

Ornesha Lera entró en la sala del consejo y Pinfeas cerró la puerta tras ella, ocupando su lugar. La *jedi* no pudo más que ponerse nerviosa al ver como los rostros de los *jedis* más poderosos de la Galaxia la observaban mostrando expresiones de expectación y severidad a la vez. Pero el que más nerviosa la ponía era el maestro Skywalker, cuya expresión calmada era indescifrable, por lo que Lera no podía saber en que estaba pensando.

—A pesar de las informaciones que habían llegado desde Tatooine, cuando Lonus Naa y yo llegamos al planeta, nadie sabía nada. Interrogamos a diferentes personas, pero, incluso utilizando trucos mentales, ninguno de ellos reveló nada acerca del paradero del supuesto *sith* —explicó al fin la *twi'lek*.

—Claramente frustrante y decepcionante a la vez —dijo Alziferis, siendo el primero en hablar mientras que los demás aún se reservaban para ellos sus opiniones.

Ornesha se alarmó al oír aquellas palabras: «¿Su tarea era decepcionante?», se preguntó para sus adentros.

—Sin duda, maestro, sin duda. Sin embargo debemos tener en cuenta que si fueran *sith* de verdad, habrían utilizado todos sus recursos para borrar su rastro —opinó Pinfeas recostándose en su asiento.

Durante unos instantes el silencio reinó en la sala.

—Supongo que, si has venido directamente a hablar con nosotros, es que sí que encontrasteis algo —dijo Skywalker.

—Así es, maestro —contestó Ornesha—. Casualmente, aunque dudo de las casualidades, cuando estábamos a punto de regresar, un vendedor nos informó que en el palacio de Jabba el Hutt encontraríamos al hombre que buscábamos. Pero solo hallamos restos de comida y un rancor.

—¿Un rancor? —preguntó sorprendido Skywalker—. ¿Todavía quedaba uno?

Ornesha asintió ceremoniosamente con la cabeza.

—Sin embargo, por lo que nos cuentas, lo más sorprendente fue lo que no encontrasteis… —dijo Pinfeas haciendo una pausa dramática—. El rastro de nuestros informadores.

—Como ya he dicho, decepcionante y frustrante —insistió Alziferis.

Antes de que ninguno de los presentes pudiera añadir nada más, las puertas de la sala del consejo se abrieron súbitamente de par en par. Tras ellas, apareció Lonus con la frente perlada de sudor y claramente alterado. Se había cambiado de ropa, pero, por lo que fuera, no había tenido tiempo de acabarse de vestir ya que en la parte superior del cuerpo solo llevaba una camiseta muy fina de lino.

—Lera, deberías controlar más a Naa, nadie puede interrumpir una sesión del consejo de este modo —protestó Alziferis.

—Lo siento, maestros, pero algo importante sucede en la entrada del Templo —contestó Lonus.

Al oírlo, Skywalker se levantó demostrando quién era el líder de ese consejo.

—¿Qué sucede, Lonus? —preguntó.

—Un grupo de hombres armados nos están atacando —respondió nervioso el *jedi*.

—Tranquilo, Naa —dijo Skywalker poniendo su mano en el hombro de Lonus—. ¿Son muchos?

—Los suficientes como para que los guardias empiecen a tener dificultades para contenerlos —respondió Lonus—. Pero ese no es el problema…

—Habla de una vez, muchacho —insistió Alziferis sin apenas moverse.

—El problema es que van armados con sables. Sables rojos.

Todos los miembros del consejo se miraron realmente alarmados. Sin decir ni una palabra, todos se levantaron y salieron de la sala corriendo para bajar inmediatamente a ayudar.

—Después seguiremos con la reunión —le dijo Skywalker a Ornesha al pasar por su lado—. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Sino tenía suficiente con haber fracasado en su misión y el ataque de unos misteriosos individuos armados con sables, ahora «tenía muchas cosas de las que hablar» con el maestro Skywalker.

—Vamos —le dijo Lonus al ver que Ornesha se había quedado rezagada.

Al oírlo, la *twi'lek* reaccionó y se unió al grupo de maestros *jedi*.

Cuando el grupo bajó del ascensor, desde el rellano que había antes de los peldaños que llevaban a la gran entrada del Templo, vieron como decenas de *jedis* hacían frente a unos misteriosos atacantes vestidos de negro que blandían sables con hojas rojas. Sin que nadie lo ordenara a los demás, todos ellos activaron los suyos mostrando las hojas verdes y azules a la vez que descendían hacia la entrada para unirse a la lucha.

—Se mueven rápido. Parecen buenos. Pero sus movimientos, si bien efectivos, son muy rudimentarios —observó Pinfeas entrecerrando los ojos preocupado.

—Sin duda, pero los guardias seguro que acabarán por detenerlos… —Las palabras del maestro Alziferis quedaron interrumpidas cuando un grupo de guardias fueron lanzados en todas las direcciones por una onda de Fuerza.

—Él que haya hecho eso es más poderoso de lo que suponemos —afirmó preocupado Skywalker—. Rápido, debemos detenerlos al coste que sea, no podemos permitir ni que nos superen, ni que huyan. —Y dirigiéndose a Ornesha, añadió—: Haz lo que debas hacer, y que la Fuerza te acompañe.

Mientras que los maestros *jedi* mostraban sus hojas y las hacían chocar contras los sables rojos de los atacantes, Ornesha, seguida de cerca por Lonus, se separaron del grupo para salir al exterior por una de las puertas secundarias.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lonus mirando hacia atrás, donde la lucha parecía encarnizarse.

—A los cazas, pillaremos a esos supuestos «*sith*» por detrás —contestó enérgicamente Ornesha.

No muy lejos de dónde habían hecho aterrizar la nave de transporte que los había traído de Tatooine, había un caza de doble cabina.

—Sube —ordenó Ornesha señalando el vehículo.

Sin decir nada, Lonus corrió y subió al espacio reservado para el piloto.

—Hazlo tan bien como sepas, ¿de acuerdo? —le advirtió la *twi'lek*, y sin dejarle de responder, añadió—: Despega y dirígete a la entrada del Templo.

—¿A la entrada? —preguntó sorprendido Naa.

—Sí, hazlo sin miedo —contestó Ornesha.

—Eso se da por supuesto —dijo el *jedi* con una sonrisa a la vez que ponía en marcha el caza.

La nave dio un potente acelerón y, con una vertiginosa velocidad, despegó para después encararse de frente a la entrada del Templo.

—¿Seguro, no? —preguntó Lonus—. Luego no quiero marrones con el consejo por cargarme su flamante Templo.

—¡Seguro! —exclamó Ornesha.

Antes de que la *twi'lek* pudiera acabar de pronunciar la última sílaba, Lonus se dirigió a toda velocidad hacia el Templo pasando entre las torres y las columnas de la entrada.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar el lugar de combate, se notó un vaivén que sacudió la nave. Uno de los misteriosos guerreros había logrado saltar y subir a la parte trasera del caza, y arremetía con fiereza contra el cristal de la ventana de Ornesha.

—¡Joder! —exclamó Lonus—. Menudo salto.

—Está intentando atacarme, y tú te preocupas del salto —protestó Ornesha.

—Bueno, que quieres…

—Anda, calla, yo me encargo. Ya sabes lo que hay que hacer.

Sin decir nada más, Lonus accionó los mandos de la nave para que esta se pusiera del revés, a la vez que Ornesha abría su cabina y saltaba activando su arma. De reojo, Naa pudo ver como, todavía en el aire, la *twi'lek* y el supuesto *sith* intercambiaban numerosas estocadas.

El *jedi* en seguida perdió de vista a Ornesha, pero no tenía tiempo para buscarla, frente a él apareció un mar de sables rojos, azules y verdes que entrechocaban sin cesar a pocos metros de distancia.

Antes de que pudiera reaccionar, la ventanilla de su cabina se abrió de par en par. Fue entonces cuando Lonus vio como otro de los *sith* estaba ensañándose con la nave, haciendo que el *jedi* perdiera el control de su nave que se dirigía peligrosamente donde se encontraban sus compañeros *jedi* y los miembros del consejo.

—Si salgo de esta, juro que jamás volveré a pilotar una nave —afirmó justo antes de saltar utilizando la Fuerza, a la vez que, activando su sable, rebanaba el cuello de su atacante.

Mientras caía hacia el suelo, Lonus no sabía si había hecho lo correcto, solo esperaba que los *jedis* que había en la entrada del Templo reaccionaran a tiempo. Cuando el humano se posó ágilmente en el suelo, la nave golpeó con fuerza la extensa superficie de mármol de la entrada, haciendo que esquirlas de metal, pedazos de tierra y cristales rotos saltaran por todas partes.

Desde dónde estaba Lonus pudo ver como la lucha quedaba oculta tras una nube polvo que se levantaba tras la nave. Preocupado y con la adrenalina a flor de piel, Naa empezó a correr hacia el combate.

Quedaban pocos segundos para el impacto y, entre el polvo, le pareció ver la luz de decenas de sables justo debajo de la nave, que seguía inexorablemente hacia el desastre.

—¡Hacia atrás, rápido! —La esperada voz de alerta alivió a Lonus, parecía que Pinfeas se había dando cuenta a tiempo del peligro.

Un instante después, la nave se detuvo con un fuerte estrepito en la entrada del Templo, provocando un silencio sepulcral, solo interrumpido por el sonido de piedras cayendo sobre el suelo destruido. Pero esa incómoda paz duró poco, segundos después se volvió a escuchar el sonido de entrechocar de sables de luz.

Lonus apenas no podía ver nada entre el polvo que había levantado su peligrosa estratagema, pero no podía quedarse ahí parado esperando, así que reemprendió la marcha para unirse a la lucha.

Sin embargo, antes de que pudiera acercarse, la voz de Pinfeas volvió a oírse:

—¡Cuidado se escapan!

Todavía no había logrado llegar al caza estrellado, cuando Lonus vio que, entre las últimas briznas de polvo, salía un grupo de hombres vestidos de negro que empuñaban sables de color rojo.

—¡Ah, no! Después de la que habéis liado no voy a dejar que os vayáis de rositas —exclamó tomando una agresiva posición de combate.

El primero que se acercó a él atacó a Lonus desde arriba, pero el *jedi* desvió la estocada y, con la empuñadura de su arma, le propino un golpe en las costillas. A pesar de la fuerza del golpe, pareció como si su contrincante apenas lo sintiera ya que, de un manotazo, le hizo soltar su sable.

—¡Mierda! —exclamó Lonus al ver como su sable rebotaba en el suelo alejándose de él.

Completamente desarmado, Lonus se encaró a su adversario a la vez que esquivaba los golpes y puntadas del sable de un segundo rival. El *jedi* se encontraba entre los dos *sith*, esquivando golpes por delante y por detrás, evitando que las rojizas hojas le hirieran. Con un giro muy hábil, consiguió que uno de ellos clavara su sable en el pecho del otro, permitiendo a Lonus apoderarse de su sable y cortarle la cabeza al sorprendido *sith* que acababa de matar a uno de sus compañeros.

Antes de que el cuerpo del segundo *sith* tocara el suelo, Lonus cogió su sable con la Fuerza.

—Ahora os vais a enterar —afirmó empuñando los dos sables de hojas rojas.

Con un arma en cada mano esperó que los otros *sith* se acercaran para atacarle. En cuanto uno de ellos estuvo lo bastante cerca, Lonus empezó a moverse a un ritmo vertiginoso a la vez que seccionaba, uno tras otro, los miembros de sus enemigos. Tras varios minutos de lucha, de los *sith* que intentaban escaparse, Lonus había conseguido herir a cuatro, matar a otros tantos y, con sus piernas, inmovilizar a un tercero.

Lonus respiraba profundamente mirando a su alrededor, con una rodilla sobre el pecho de su enemigo y el pie sobre una de sus manos. Se alarmó al sentir como alguien se acercaba por su espalda, pero en seguida se relajó al ver que era Ornesha.

—Esto es tuyo —le dijo alargándole su sable.

Lonus se levantó y, antes de que el *sith* que tenía debajo reaccionara, Lonus le propinó una patada en la cabeza que lo dejó inconsciente.

—¿Y eso? —preguntó mirando lo que la *twi'lek* llevaba arrastrando tras ella. Con su mano rosa tiraba de los pies del atacante que había derrotado.

—Mira, he creído que debía traer algo de recuerdo de nuestro viaje en caza —respondió ella con sarcasmo.

—Pero, ¿solo uno? —preguntó Lonus mirando a los *sith* derribados a su alrededor.

—No seas orgulloso —contestó Ornesha.

Los dos sonrieron.

De lejos vieron como algunos *jedis* se acercaban dónde estaban, y, antes de que llegaran, Ornesha le dio un suave beso en la mejilla, haciendo que Lonus se sonrojara.

—Veo que habéis conseguido capturar alguno —dijo el maestro Pinfeas cuando estuvo a su lado.

—Así es, maestro.

—Buen trabajo, Naa, buen trabajo —afirmó Alziferis desactivando su sable.

En seguida, el consejo al completo observaba al grupo de *sith* que rodeaban a Lonus y Ornesha.

Sin decir nada, Skywalker se acercó al que había traído Ornesha y le arrancó la máscara, dejando ver una pálida tez a juego con un par de ojos de iris blanquecinos. Hizo lo mismo con el que yacía inconsciente bajo los pies de Lonus, y se encontró con una cara completamente diferente pero caracterizada por los mismos colores.

—¿Esto qué significa, maestro? —preguntó Lonus sorprendido al ver la cara de sus atacantes.

—Lo desconozco, Naa —respondió Skywalker—. Y eso me preocupa gravemente.

Los demás *jedis* se miraron con extrañeza unos a otros, mientras el maestro Skywalker observaba detenidamente las máscaras que había cogido. Eran exactamente iguales. Parecían formar parte de un uniforme. ¿Podía ser que alguien estuviera creando un ejército *sith*? No supo responder, pero prefirió no compartir aquellos pensamientos en el exterior del Templo, frente a decenas de *jedis* preocupados.

—Parece que la amenaza ha pasado —afirmó al fin alzando su voz sobre la del resto—. Vayan a limpiarse y descansar —añadió, y después, dirigiéndose a Ornesha y Lonus, dijo—: Ustedes háganlo rápido, debemos proseguir con nuestra reunión, aunque puede que este ataque haya cambiado las circunstancias.

La *twi'lek* y el humano asintieron con la cabeza.

Sin decir nada, Skywalker dio media vuelta y entró de nuevo en el Templo seguido de cerca por el resto de miembros del consejo, excepto Pinfeas, que esperó unos segundos al lado de los dos caballeros *jedi*.

—Buen trabajo —les dijo orgulloso antes de irse, aunque después regresó sobre sus pasos y añadió—: Pero Lonus, la próxima vez… Avisa.

—Sí, maestro —contestó el aludido sonriente.

Mientras los responsables de enfermería y limpieza recogían los cuerpos y los restos de la nave estrellada, Ornesha y Lonus entraron con paso firme en el Templo, dirigiéndose hacia sus habitaciones, dejando atrás aquel desastre que, en gran parte, habían organizado ellos dos.

Tres

Ornesha Lera volvía a encontrarse en el centro de la sala del consejo, pero en esta ocasión estaba acompañada por Lonus, al que se le podían ver los nervios, que le recorrían de arriba abajo, en la expresión de su cara. No era muy habitual que un caballero *jedi* tuviera audiencia con el consejo al completo, pero después de lo sucedido los maestros habían considerado indispensable que ambos fueran a hablar con ellos.

En muy poco rato, la *twi'lek* y el humano habían ido a sus aposentos para limpiarse y arreglarse, para después regresar casi corriendo a la sala del consejo, para reemprender la reunión que se había visto interrumpida.

—En vista de lo sucedido, debemos replantearnos nuestras preferencias en cuanto al salvaguardar la Orden —afirmó el maestro Skywalker con voz calmada, antes de recostarse en el respaldo de su asiento y dar la palabra a Pinfeas.

Normalmente, Skywalker era un hombre parco en palabras, y dejaba que los demás maestros orquestaran las acciones que debían emprender los *jedi*. En muchas ocasiones, parecía que seguía considerándose un *padawan* que debía escuchar atentamente lo que decían los más sabios. Aunque eso no fuera cierto.

—Este ataque no debe tomarse a la ligera, por ello hemos decidido que, si bien los informes iniciales parecían indicarnos que los *sith* habían reaparecido muy lejos de aquí, no debe de haber sido así…

—Entiendo, maestro, ¿dónde debemos proseguir nuestras investigaciones? —preguntó Ornesha interrumpiendo a Pinfeas.

Los ojos extremadamente azules la miraron con severidad.

—La importancia de este asunto nos ha llevado a la conclusión de que debería ser otro caballero más experimentado el que se hiciera cargo del asunto —dijo Alziferis lanzándoles una mirada cargada de reproche.

—En concreto, alguien del consejo —concluyó Skywalker.

Ornesha y Lonus se quedaron con la boca abierta.

—Pero, maestro… —empezó a protestar Ornesha balbuceando.

—No hay nada más que decir —la interrumpió Pinfeas, haciéndola callar—. El consejo lo ha decidido así, y vosotros debéis acatar sus decisiones.

—Sí, maestro —dijeron Ornesha y Lonus al unísono.

—Podéis retiraros —les indicó amablemente Skywalker.

Los dos *jedis* abandonaron la sala en silencio, pero cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, Lonus no pudo evitar abrir la boca.

—¿Y ya está? ¿Nos envían al Borde Exterior, casi nos mata un rancor, y ahora resulta que esto es demasiado importante para nosotros? —espetó el humano.

—Tranquilo, debemos acatar las órdenes —contestó la *twi'lek*.

—¿Qué? ¿Ahora resulta que acatas las normas?

—No exactamente —respondió Ornesha con una sonrisa en sus labios rosados.

—¿Qué te corre por esta cabecita? —preguntó Lonus tocándole la sien a Ornesha con el dedo índice.

—Nos han quitado la investigación, pero, mientras no nos den otra, podemos investigar por nuestra cuenta.

—¿No crees que los «sabios» se enfadarán?

—Si no descubrimos nada, lo guardamos en secreto; si tenemos éxito les informamos y recuperamos su confianza.

—¿Crees que hemos perdido su confianza?

—No, pero nos siguen tratando como si fuéramos meros aprendices —refunfuñó la *twi'lek*.

—Esa afirmación no es del todo correcta. —La voz calmada de Skywalker sonó tras ellos.

—¡Maestro! —exclamó Ornesha—. No pretendíamos…

—¿Investigar por vuestra cuenta? —preguntó con una irónica mirada Skywalker.

Tanto Ornesha como Lonus empezaron a balbucear intentando excusarse, pero no llegaron a decir nada comprensible.

—Tranquilos, no he venido a amonestaros. Al contrario, he venido a recompensaros por vuestro trabajo en Tatooine y aquí… Sobre todo el de aquí, marcasteis la diferencia. Sin duda.

—¿Recompensarnos? —preguntó Lonus sin saber qué pensar.

—Con una importante misión…

—Que también nos impedirá meternos en líos, ¿no? —dijo Ornesha con sarcasmo.

—Más o menos —respondió Skywalker—. Como os podéis suponer, lo más importante, aparte de hallar el origen de estos atacantes, es descubrir si entre las informaciones de Tatooine y lo sucedido hoy en el Templo existe una conexión. Por ello, debéis seguir la pista en Cadannia.

—¿Cadannia? ¿Qué tiene que ver Cadannia en esto? —preguntó sorprendida la *twi'lek*.

—Más de lo que pensáis —contestó el maestro—. Hará un tiempo, los informadores nos comunicaron que en ese apartado y salvaje planeta se habían detectado fuertes fuentes de Fuerza.

—No le entiendo.

—Desde que se reconstruyó la Orden, estamos buscando a personas susceptibles de convertirse en *jedi*, así como a antiguos caballeros ocultos durante la Purga, aunque, de momento, no hemos tenido suerte en este sentido. Pero, al parecer, en Cadannia puede encontrarse uno de estos caballeros de la antigua Orden.

—¿Y los atacantes de hoy? —preguntó Ornesha creyendo que aquello que Skywalker le explicaba no tenía ningún tipo de importancia.

—No te preocupes por ellos, debemos investigar que sucede en Cadannia. Si tras esa señal hay alguien poderoso, puede servirnos de ayuda o explicarnos algunas de las cosas que han sucedido hoy —explicó Skywalker.

—Pero, ¿para qué podemos necesitar a un caballero *jedi* de antes del Imperio? —insistió Ornesha.

—Es en momentos como este que creo que no te enseñé lo suficientemente bien, Ornesha —le reprochó su maestro—. Lo necesitamos porque nosotros siempre nos hemos enfrentado a *sith* al descubierto, durante todo el Imperio supimos dónde encontrar a nuestros enemigos. Sin embargo ellos tuvieron que lidiar con los *sith* ocultos.

—Ya, pero fallaron al detenerlos.

—Te equivocas, ellos no fallaron, sino que fueron los *sith* que se aprovecharon de la traición de uno de los nuestros —respondió con sequedad Skywalker haciendo referencia a su padre.

Ornesha no quiso insistir más, y permaneció callada, dejando que fuera Lonus el que intentara recuperar el tono amable de la conversación.

—Y si encontramos a alguien, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Lo obvio, querido Naa, lo obvio —respondió Skywalker—. Traerlo a Coruscant.

Con esas palabras, Skywalker les regaló una amplia y agradable sonrisa y regresó a la sala del consejo, dejando a los dos *jedi* completamente desconcertados.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Lonus cuando el maestro *jedi* hubo desaparecido tras la puerta.

—Pues vamos a Cadannia —afirmó Ornesha encogiéndose de hombros.

—¿No vas a querer saltarte las normas?

—No, parece ser que esta misión es un encargo directo del maestro Skywalker, y no del consejo.

—¿Por qué lo dices?

—Si fuera una misión aprobada por el consejo, nos la hubieran comunicado en la sala, no fuera de ella.

Lonus hizo una exagerada mueca al captar la idea.

—Vamos, tenemos que partir cuanto antes —ordenó Ornesha.

Con paso ligero, los dos *jedis* emprendieron el camino para bajar de la torre en la que se reunía el consejo y se dirigió de nuevo a sus aposentos, para preparar todo aquello que podrían necesitar.

—¿Qué tipo de planeta es Cadannia? —preguntó Lonus.

—Por lo que sé es un planeta selvático con un alto porcentaje de humedad, así que lo mejor será coger ropa ligera y grandes reservas de agua potable —respondió ella quitándose la prenda superior de su túnica, dejando su voluptuoso cuerpo de color rosa a la vista.

—¿Para qué? Si es un planeta tan húmedo seguro que habrá algún riachuelo, digo yo, ¿no? —protestó Lonus mientras sus ojos dejaban de mirar a los de la *twi'lek*.

—Pues dices mal —le contestó Ornesha acercándose a él—. Imagínate, por un instante, que hay un río y bebemos de él. El agua puede no ser potable, seguramente estará plagada de bacterias y, con total seguridad, no será el agua que conocemos

nosotros —explicó la *twi'lek* acercándose a él, presionando sus pechos con el cuerpo de Lonus, que la observaba mirando desde arriba—. Así que, ¿qué debemos hacer?

—Coger reservas de agua —afirmó él—. Pero antes, debemos hacer cosas más importantes —concluyó Lonus cogiendo a Ornesha por la cintura y alzándola para poder besarla apasionadamente en los labios.

—¿Ahora? —preguntó ella falsamente sorprendida.

—Ahora —respondió él con la misma firmeza con la que sujetaba a su amada extraterrestre.

Fundidos en un abrazo, ambos se dejaron llevar por la pasión, mientras las largas colas de la cabeza Ornesha daban vueltas a su alrededor, mientras descubrían que los cuerpos de los humanos y los *twi'lek* eran más compatibles de lo que podían aparentar.

No sabían cuánto tiempo había pasado, pero eso les importaba poco. Estaban tumbados en la cama, Ornesha cruzaba su sugerente muslo sobre las piernas de Lonus, mientras este jugueteaba con de las largas protuberancias que salían de la cabeza de su pareja.

—Suerte que las normas han cambiado —dijo Ornesha—. No me puedo imaginar cómo los antiguos *jedis* podían soportar la castidad.

—Saltándosela —respondió Lonus soltando una carcajada—. El mismo maestro Skywalker es prueba de ello.

Ornesha asintió, antes de salir de sobre del humano y empujarlo fuera de la cama.

—¡Venga, joven *padawan*! Una misión nos espera —dijo ella saltando mientras su cuerpo desnudo se bamboleaba sensualmente.

—¡No me llames *padawan*! —protestó Lonus—. Además, hace un momento no parecías recordar que lo hubiera sido.

—Al contrario, lo recordaba, y me encanta —respondió ella soltando una risilla picarona mientras empezaba a vestirse con la ropa de tejido fino, perfecta para el clima de Cadannia.

Cuando los estuvieron listos, abandonaron sus habitaciones y se encaminaron con paso decidido hacia el hangar. Tan solo al cruzar la gran puerta de acceso, uno de los técnicos responsables del taller los recibió.

—Bueno, bueno, bueno, aquí tenemos los héroes del día —exclamó de forma simpática el rechoncho humano.

—Menos cachondeo, Vynks —contestó Lonus.

—Querrás decir sarcasmo. ¿No habéis visto el estropicio que habéis montado los dos solos? —les preguntó señalando hacia los restos del caza que habían estrellado en la entrada del Templo.

—Ha sido él —respondió rápidamente Ornesha.

—¿Yo? ¿De quién fue la idea? —protestó el humano.

Ornesha no contestó.

—Bueno, da igual —dijo Vynks—. Las discusiones de pareja las dejáis para otro momento. Ahora, si queréis seguirme, os enseñaré la nave que se ha destinado para vuestra misión.

Los dos humanos y la *twi'lek* pasaron entre las plataformas en las que había decenas de naves listas para ser utilizadas, en reparación, o completamente desmanteladas.

—Bueno, estimados *jedis*, aquí tenéis vuestro transporte —dijo Vynks deteniéndose frente a una de las naves que parecían fuera de servicio.

—¿Esto? —preguntó Ornesha.

—Vynks, te he dicho que menos bromas. Esto es imposible que despegue —dijo Lonus.

—Pues os equivocáis —afirmó el técnico acercándose a la nave y pulsando el botón de apertura.

Mientras la puerta se abría lentamente, los dos *jedis* observaron con cierto recelo la nave que les ofrecía Vynks. La mayor parte de la chapa parecía corroída por el óxido, tenía centenares de perforaciones de disparos láser, los cristales de las ventanas parecían a estar a punto de quebrarse, sin hablar de la capa de suciedad que la recubría.

Sin embargo, cuando accedieron al interior, pudieron comprobar que el aspecto exterior era solo eso, el exterior. El interior era moderno, funcional, limpio y parecía acabado de salir de la fábrica.

—Este es uno de los últimos modelos de camuflaje, lo llamo el «Despistador» —explicó con orgullo el técnico.

—Muy original, Vynks, muy original —dijo Lonus dándole unas palmaditas en el hombro.

Los dos *jedis* subieron sin más dilación al interior de la nave, mientras Vynks los contemplaba un poco nervioso.

—Y, por favor, devolved la nave entera —les advirtió con voz temblorosa.

—¿Cuándo no lo hemos hecho? —preguntó Lonus mientras la puerta se cerraba.

Vynks no le respondió, solo le dedicó una mirada cargada de ira homicida.

Una vez se cerró la puerta, y como era habitual, Lonus se sentó tras los mandos de pilotaje de la nave, mientras que Ornesha ocupaba el asiento del copiloto. No era que fuera una mal piloto, sin embargo, Lonus era mucho mejor y, porqué engañarnos, a ella no le gustaba estar horas controlando todos y cada uno de los indicadores que servían para pilotar.

—Vamos allá —dijo Lonus enciendo el motor de la nave y maniobrando para abandonar el hangar.

Cuatro

Las estrellas habían dejado de ser puntitos en el oscuro infinito de la galaxia, para convertirse en cortos haces de luz que la nave de los *jedis* dejaba tras ella. Era lo que tenía la velocidad de la luz, parecía que te introdujeras en un túnel del que era imposible salir, tanto por la estrechez de sus paredes como por la extrema velocidad que alcanzaban las naves. Sin embargo, si no fuera por esta agobiante forma de viajar, aquel viaje al Borde Medio, hubiera durado semanas.

Lonus estaba recostado en el asiento del piloto, sin perder de vista en ningún momento todos los indicadores de estabilidad, velocidad o estado del combustible de la nave.

—Así que, ¿dónde nos ha enviado esta vez el maestro Skywalker? —preguntó haciendo girar su asiento mirando como Ornesha estaba leyendo los archivos en uno de los ordenadores de a bordo.

Distraídamente, la *twi'lek* dejó de lado el texto de la pantalla y se encaró con su antiguo *padawan*.

—Aparentemente, casi toda la superficie del planeta está cubierta por una espesa capa de bosques selváticos, tan densa, que nunca se ha registrado ningún tipo de asentamiento…

—Vale, no habrá indígenas —intervino Lonus.

—Bueno, no, en algunas ocasiones se sabe que el planeta ha sido utilizado por piratas y contrabandistas para hacer escala, pero desde antes del Imperio que no ha habido evidencias de esta situación.

—¿Algún monstruo gigantesco al que tengamos que enfrentarnos arriesgando nuestras vidas? —preguntó el humano con escepticismo.

—Por lo que veo, debido al reducido espacio que hay en la superficie, no existen grandes criaturas.

—Bien —afirmó Lonus.

—Yo no me alegraría tanto, por lo que dicen las investigaciones, este planeta está plagado de criaturas y plantas peligrosas, no tanto por su tamaño, sino por los potentes venenos y toxinas que poseen… La mayoría de ellos mortales para los humanos.

—¡Qué bien! —exclamó con sarcasmo Lonus—. ¿Y para los *twi'lek* no?

—Seguramente, la mayoría de especies mamíferas de la galaxia deben sufrir igualmente sus efectos —respondió ofendida ella.

—¿Algo más que nos justifique la visita de este «paraíso»?

—Pues sí, algo de lo que deberíamos estar más preocupados que los venenos.

—¿A sí?

—Una planta llamada *senflax*.

—¿Un planta?

—Emite una toxina en forma de esporas que bloquea los centros nerviosos del cerebro y consigue que aquellos que tienen una conexión con la Fuerza, la pierdan.

—¿No me jodas?

Ella afirmó con la cabeza.

—Por lo que si nos encontramos con estas plantas, dejaremos de tener los poderes con los que cuenta todo *jedi* —explicó mientras Lonus la observaba perplejo.

—Ahora que lo pienso, si bloquean la Fuerza, ¿cómo es posible que hayamos detectado la señal? —preguntó Lonus haciendo una mueca de incomprensión.

—Porque bloquean las capacidades, pero no la emisión. Si te pusieras en medio de un bosque con plantas de estas, tú no podrías usar la Fuerza, pero los de fuera podrían saber que la puedes usar —explicó Ornesha regresando al asiento del copiloto.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó el humano mirando de reojo a su pareja.

—Lo mejor será que actuemos lo más rápido posible. Localizamos el punto de origen de la señal, aterrizamos lo más cerca posible, comprobamos si hay alguien o algo que podamos recoger, y nos largamos inmediatamente de aquí.

—A sus órdenes, capitán —contestó Lonus volviendo a encararse con los controles.

Minutos después, los indicadores de control les notificaron que habían llegado al sistema Cadannia. Lonus bajó lentamente la palanca del motor de hipervelocidad, y los haces de luz que se veían desde las ventanas de la cabina, volvieron a ser los puntitos que todos conocemos como estrellas.

No muy lejos de ellos, pudieron ver como un enorme planeta de color verde les saludaba, mientras suaves remolinos de nubes blancas flotaban sobre la jungla que cubría toda la superficie.

Lonus desactivó el piloto automático y cogió los controles de navegación, haciendo que la nave dejara de volar en una perfecta línea recta, para pasar a recorrer una curva a la vez que se acercaba a la órbita del planeta.

—Los sensores detectaron la fuente de Fuerza no muy lejos del cuadrante sur del planeta —explicó Ornesha a la vez que señalaba hacia la parte inferior del planeta.

—Activa los sistemas de análisis, e intentaremos localizar con mayor precisión el origen —contestó Lonus.

Ornesha pulsó un par de botones de los que tenía en frente, haciendo que un radar se activara, en el que podían ver como una onda azul emitían un pitido cada vez que se expandía.

—Vamos bien —dijo Ornesha leyendo los datos de los controles de rastreo.

Lonus hizo que la nave trazara un largo descenso mientras la gravedad del planeta la atraía hacia él. Poco a poco, así como se iban acercando a la superficie del planeta, los cielos dejaron de ser negros y pasaron a tener el color azul celeste que todos conocemos.

El sensor empezó a pitar de forma cada vez más continúa, hasta que Ornesha lo paró.

—Creo que hemos llegado —anunció.

Lonus miró hacia a fuera, buscando un claro lo suficientemente amplio para hacer aterrizar la nave.

No muy lejos había un espacio en el que parecía que su nave pudiera caber, así que se acercó a él e hizo que el aparato empezara a descender. Abrió el tren de aterrizaje y, con

suma suavidad, consiguió que la nave se posara sobre una zona cubierta de espesos arbustos.

El *jedi* detuvo los motores y apagó todos los sistemas. Por su parte, Ornesha ya se había levantado y estaba preparando una mochila con todo lo necesario: agua, un sensor portátil, un equipo de antídotos.

Sin decirse nada, ambos cogieron lo que necesitaron, abrieron la compuerta trasera y salieron al exterior.

Mientras la puerta de la nave se cerraba tras ellos, pudieron comprobar como el alto porcentaje de humedad del planeta les empezaba a hacer sudar, por el simple hecho de estar en el planeta.

—No quiero imaginar lo que sudaremos cuando empecemos a andar —dijo Lonus limpiándose las gotas de sudor que ya descendían por su frente.

Ornesha sonrió y activó el sensor, que empezó a emitir una serie de pitidos indicándoles hacia donde tenían que ir. Sin decir nada, la *twi'lek* emprendió la marcha seguida de cerca por Lonus, que refunfuñaba a cada paso que daba.

Antes de sumergirse en la espesa jungla que se alzaba ante ellos, Lonus activó la señal de rastreo de la nave para poder encontrarla después. Y pudo comprobar como Vynks tenía razón, el aspecto exterior de aquella nave, en mitad de aquella jungla, daba a entender que había llegado años atrás y estaba completamente abandonada.

—¿Vienes o no? —preguntó Ornesha.

Lonus dio un pequeño *sprint* y se acercó a ella, cubierto en una capa de sudor de la que no se desharía hasta que regresara a Coruscant.

El avance era lento, tras dejar atrás el pequeño claro, la jungla se espesaba de una forma extraordinaria. Los árboles cada vez estaban más juntos, sus copas era más bajas. Los arbustos, que al principio no les llegaban a la rodilla, a cada paso que daban eran un palmo más altos. La luz que pasaba entre las hojas era más bien escasa, y se veía atenuada por la densa capa de vegetación que tenía que cruzar antes de llegar a ellos.

—¿Ya sabes a dónde vamos? —preguntó Lonus tropezando con lo que esperó que fuera la raíz de un árbol.

—Sí… O eso creo —respondió entre titubeos Ornesha.

Además, los sonidos que los rodeaban no eran nada alentadores. Ellos eran *jedis*, no podían temer a ninguna criatura que estuviera rodeada por la Fuerza, sin embargo los chasquidos, silbidos y demás extrañas formas de comunicación animal que se oían, hacían que se les erizase el vello de la espalda.

De repente, Ornesha se detuvo alzando la cabeza a su alrededor, y provocando que Lonus chocara con ella.

—¿Se puede saber por qué te paras? —preguntó mientras despegaba su piel de la de la *twi'lek*.

—Parece que hemos llegado —contestó ella.

—¿Cómo que parece?

—El sensor está detectando un aumento de la Fuerza.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—¿No lo ves? —insistió ella enseñándole la pantalla del sensor.

Lonus observó el aparato y vio como el pequeño radar indicaba el centro de la pantalla.

—Vale, vale —respondió él.

—Sin embargo, esto parece extraño —prosiguió Ornesha.

—¿El qué?

—Si realmente en este lugar, justo aquí, existe una poderosa fuente de Fuerza, ¿cómo es que ninguno de los dos sentimos ninguna alteración en la Fuerza? —planteó frunciendo el ceño.

Al captar la idea planteada por Ornesha, Lonus empezó a mirar a su alrededor en busca de alguien escondido en la frondosidad de la jungla, sin embargo, la espesura en seguida era demasiada como para distinguir nada. Ante la imposibilidad de encontrar nada en aquella jungla, una idea cruzó su mente, llevándolo a mirar hacia sus pies, que se perdían entre un mar de plantas de color verdoso.

—Una pregunta, Ornesha, ¿qué aspecto tiene esa planta…? ¿Cómo se llamaba?

—¿Te refieres a la *senflax*?

—Exactamente —respondió él sin apartar la mirada del suelo.

—Hojas anchas, verdes y con nervios amarillentos, con el tallo de un amarillo mucho más oscuro.

—¿Algo parecido a las plantas que estamos pisando? —preguntó él sin apenas sorprenderse por la casualidad.

Ornesha bajó la cabeza y, al ver lo que tenía entre los pies, abrió los ojos de par.

—¡Mierda! —exclamó.

—Ahora, ya sabes por qué el sensor detecta la Fuerza, pero nosotros no percibimos nada.

—So-Sobre todo que la savia de estas plantas no te toque la piel.

—¿Por?

—El líquido que destilan estas plantas provocan fuertes parálisis musculares en la zona de contacto.

—¡¿Y ahora me lo dices?! ¡¿Cuando ya estamos metidos hasta el cuello?! —protestó Lonus.

—Tú, simplemente, anda con cuidado.

Lonus sacudió la cabeza como si no se creyera lo que estaba viviendo.

—Un *jedi* sin Fuerza, ¿dónde se habrá visto? —refunfuñó el humano.

Haciendo caso omiso a las quejas de su compañero, Ornesha prosiguió con la misión.

—Vamos a dar una vuelta alrededor de este punto, a ver si descubrimos el origen de la fuente.

Lonus no respondió, seguía enfurruñado en sus protestas, pero siguió atentamente los pasos de la *twi'lek*.

Si hasta entonces el paseo había sido lento, ahora que además debían andar con cuidado, se ralentizó todavía más. Antes de dar el siguiente paso, Ornesha comprobaba donde ponía el pie, para después desplazarlo lentamente, para pasar al siguiente. Por su parte, Lonus hacía lo propio, pero poniendo gran atención en pisar justo dónde la *twi'lek* lo había hecho.

—¿Estaremos mucho más rato así? —preguntó Lonus cuando habían recorrido apenas una veintena de metros en cinco minutos.

—No lo sé, y permanece atento, recuerda que no podemos recurrir a la Fuerza —le advirtió ella.

—Ya, ya. En lugar de estar investigando a los misteriosos atacantes *sith*, estamos aquí, en la otra punta de la Galaxia paseando al paso del caracol —dijo Lonus cargando cada palabra con un tono extremadamente sarcástico.

—Cállate y vigila —contestó ella.

Lonus hizo una mueca antes de empezar a hablar, pero sus palabras nunca se oyeron porque un chasquido indicó que había pisado justo donde no debía. Instantes después una rama horizontal salió lanzada de detrás de un árbol, justo a la altura de sus cabezas.

—¡Cuidado! —exclamó Ornesha.

Pero Lonus no tuvo tiempo de reaccionar, solo pudo levantar las manos intentando recurrir a la Fuerza, pero la rama impactó contra su cara, haciéndole caer de espaldas al suelo.

—Levántate con mucho cuidado —dijo Ornesha doblando las rodillas con cuidado, al mismo tiempo que alargaba una mano hacia Lonus para ayudarle.

El *jedi* empezó a incorporarse, procurando no reventar ninguna de las plantas que tenían a sus pies. Solo le hubiera faltado que, además de perder la Fuerza, se le hubiera paralizado medio cuerpo por culpa de aquellas plantas.

Cuando casi estuvo de pie, la figura de un hombre apareció de la nada lanzando un potente puñetazo con la mano izquierda contra la cara de un sorprendido Lonus, haciéndole caer de nuevo.

Esta vez Lonus no hizo el intento de levantarse, y Ornesha se puso en guardia activando su sable láser.

Frente a ellos, de pie y sin miedo a pisar las plantas, había un humano. Observándolo bien, Ornesha pudo ver que aquel hombre rondaba el centenar de años, si no más. Era un anciano. Su tez oscura contrastaba con la frondosa barba blanca que decoraba su cara. Su cabeza afeitada brillaba bajo un pequeño rayo de luz que pasaba entre las copas de los árboles, y vestía una túnica de tonos marrones desgastada por el paso del tiempo, que ocultaba su brazo derecho. Era un *jedi*.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —les espetó con una voz grave y autoritaria.

Cinco

Ornesha miró al hombre desconcertada.

—Somos caballeros *jedi* —empezó a decir—, estamos investigando una fuente de Fuerza detectada en este planeta, cuyo origen es este lugar, maestro. —Ornesha lo dijo probando suerte, la túnica y el buen estado de salud podía ser que no tuvieran nada que ver con que aquel hombre fuera un antiguo caballero *jedi*.

Sin embargo, la *twi'lek* vio como la expresión de severidad del hombre se relajaba y, por un segundo, pareció que incluso le agrada la presencia de los *jedi*.

—Venid, no es seguro estar aquí —contestó recuperando el tono autoritario.

Sin esperar que Lonus y Ornesha lo siguieran, el anciano empezó a andar. A pesar de su aparente edad, avanzaba con la espalda muy erguida y sin la ayuda de bastón alguno.

Cuando Lonus se hubo levantado, la pareja de *jedi* emprendió un pesado avance tras los pasos de aquel enigmático hombre. A medida que avanzaban Lonus empezó a sentir que su cara se entumecía, no sabía si por el golpe que le había propinado el anciano o por el contacto con aquellas peligrosas plantas.

De forma inconsciente se tocó la nariz y, al mirarse la mano, pudo comprobar que la tenía cubierta de sangre.

—¡Olnesa, Olnesa! —exclamó.

La *twi'lek* se giró al oírlo.

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó alarmada al verlo.

—No lo sé, no palo de sanglal pol la naliz…

—Y apenas puedes mover los labios, ¿cierto? —le interrumpió el hombre.

Lonus asintió con la cabeza.

—Es el efecto de esas plantas.

—¿Cómo la sabe? —preguntó Ornesha.

—Llevo el guante impregnado con su extracto.

—¡¿Qué?! —exclamó la *twi'lek*— ¿Cómo puede ir con eso en las manos?

—La mano —aclaró—. Yo como iba a saber quiénes eráis, no sería la primera vez que un contrabandista intenta convertirme en esclavo, esto me sirve para protegerme.

—Así que admite que es un *jedi* —afirmó Ornesha.

El hombre la miró de reojo, no se había dado cuenta y él mismo se había traicionado.

—Creo que ya vivimos en tiempos en los que aceptar estas cosas ya no son delito —respondió de forma enigmática.

Y sin añadir nada más, reemprendió la marcha a través de aquella espesa jungla. Por su parte, los dos *jedis* no pudieron más que seguirlo, mientras Ornesha procuraba que Lonus no tropezara con una raíz o chocara contra un tronco.

—¿Polqué me ha sacudido? —preguntó Lonus cuya voz era cada vez más nasal y menos vocalizada.

—Déjalo, Naa, procura no hablar —respondió Ornesha dándole unas suaves palmadas en el hombro.

Ninguno de los dos pudo controlar muy bien cuanto tiempo estuvieron andando, pero, entre el estado de Lonus y la densidad de la selva, les pareció que fue durante horas. Sin embargo, el anciano avanzaba como si aquello fuera un paseo por el campo. Lo único que, de vez en cuando, Ornesha procuraba mirar era el sensor, que parecía estar señalando constantemente aquel hombre.

—Hemos llegado —anunció el anciano antes de cruzar un cortina de grandes hojas que había entre dos gruesos árboles.

Cuando los otros dos hicieron lo propio, descubrieron que al otro lado de aquellos árboles había un pequeño claro, aunque las ramas más altas de los árboles hacían de techo a varios metros del suelo. En el centro de aquel lugar había una pequeña cabaña de madera, de la chimenea de la cuál salía una delgada columna de humo que se diluía antes de salir entre las hojas.

—Bienvenidos a mi humilde morada —les dijo encaminándose con paso decidido hacia el interior de la caseta.

Los *jedis* no supieron que hacer, ambos tenían ciertos recelos a meterse en un sitio tan pequeño, en un lugar en el que no podían utilizar la Fuerza.

—¿Venís o no? —preguntó el hombre sacando la cabeza por una ventana.

Ornesha lo miró insegura.

—Si no, ¿cómo quieres que ayude a tu chico? —preguntó el anciano.

—Yo no he dicho que fuera…

—Tus actos hablan por ti —respondió antes de espetarle—: Entrad de una maldita vez antes de que se desangre.

La *twi'lek* no dudó, si aquel hombre era un antiguo maestro *jedi* debía ofrecerle la misma obediencia que al maestro Skywalker.

El interior de la casita era muy espartana, pero acogedora de cierto modo. Una pequeña mesa redonda, un par de sillas, una cama, y un fuego. El anciano estaba buscando algo en el interior de un armarito encima de la chimenea.

—En un segundo estoy con vosotros, pero hace tanto tiempo que no necesito el antídoto que no lo encuentro —explicó mientras los otros dos se sentaban.

Mientras el hombre rebuscaba, Ornesha observó con atención todo lo que había en aquel lugar. Cada grieta en la pared, cada objeto, por banal que fuera, quedó registrado en su mente, hasta que sus ojos se detuvieron al observar algo que podía parecer imposible. Aunque, si creía que aquel hombre era un *jedi*, tampoco era de extrañar que conservara aquello.

En un estante, sobre el sencillo camastro, había un objeto metalizado cubierto de polvo. Ornesha había visto los suficientes para saber que aquello era un sable láser. Ahora solo faltaba saber si era propiedad de aquel anciano o no.

El anciano se acercó a Lonus y, después de que el desconfiado *jedi* forcejeara un poco con él, empezó a aplicarle un ungüento en la cara.

—Esto es para detener el sangrado y recuperar la sensibilidad de los músculos.

Aprovechando que el hombre estaba distraído con Lonus, Ornesha se levantó rápidamente y se acercó a la cama, cogiendo el sable láser. Sin detenerse a pensar un solo instante, lo activó.

Como si se hubiera hecho de día en el interior de la caseta, un haz de luz púrpura resplandeció entre las pequeñas paredes de aquella vulgar choza.

El hombre se giró para observarla. Y en su cara mostró una expresión a la vez de alivio y de preocupación.

—Solo he sabido de un *jedi* que empuñara un sable láser de color púrpura —dijo Ornesha mirando con suspicacia y esperanza al hombre que se esforzaba por curar a Lonus solo con su mano izquierda.

El hombre dejó de mirarla y prosiguió con la tarea de curar a Lonus.

—Enséñeme su mano derecha —ordenó Ornesha desactivando la hoja del sable, acercándose de nuevo a la mesa.

—No hace falta que te enseñe nada, tú ya sabes con quién estás hablando —contestó el hombre, antes de añadir dirigiéndose a Lonus—: Ya está, irás notando que vas recuperando la sensibilidad en la cara.

—¿Con quién estamos hablando? —preguntó Lonus incorporándose a la conversación.

—¿Nunca estuviste atento a las clases de historia en el Templo? —dijo Ornesha devolviéndole la pregunta—. Este hombre es el maestro *jedi* Mace Windu.

—Venga, va —contestó Lonus, pero, inconscientemente, miró al anciano y no pudo dejar de preguntar—: ¿En serio?

—Puede que no sepa otras cosas, sin embargo, sigo sabiendo perfectamente quien soy. Y tu maestra no se ha equivocado al respecto.

Los dos jóvenes *jedi* no supieron que decir, estaban ante una leyenda de la Orden. Una leyenda que todos creían que había muerto treinta años atrás, a manos de los *sith*.

—Sabe que el Imperio ha caído, ¿verdad? —preguntó Lonus.

—Porque viva aquí no significa que lo haga aislado del resto de la Galaxia, además la Fuerza tiene caminos infinitos para mostrarle a sus seguidores más de lo que sus ojos pueden abarcar —explicó.

—Así que, usted es la fuente de la Fuerza en este planeta, ¿no? —dijo Ornesha un poco insegura.

—Exactamente, vuestros aparatos funcionan a la perfección.

—Entonces, si la fuente es usted, ¿cómo es que la detectamos tan lejos de aquí?

Mace les regaló una amplia sonrisa de satisfacción.

—No me lo diga, hemos estado andando en círculos —afirmó Lonus.

—Así es.

El silencio reinó entre ellos durante unos segundos.

—Por cierto, ¿cómo sabe que fue mi maestra? —preguntó molesto Lonus.

—Lo fue y lo será siempre. Esa relación, ese vínculo es incorruptible —explicó Mace—. Además, veo que las normas de la Orden ahora se aplican de forma más laxa —afirmó mirándolos con una sonrisa picarona, impropia de un maestro *jedi*.

Los otros dos lo observaron nerviosos.

—Las leyes *jedi* han cambiado bastante desde que el maestro Skywalker dirige la Orden.

Al oír ese nombre los ojos de Mace se ensombrecieron.

—Espero que ese nombre haya cambiado de significado desde mi época.

Ornesha abrió los ojos de par en par al atar cabos. Fue el padre del maestro Skywalker el que traicionó la orden, y el maestro Windu era consciente de ello.

—Sin duda, padre e hijo no tienen nada en común, salvo su estrecha relación con la Fuerza —explicó la *twi'lek*.

Al oírlo, Mace hizo todo lo posible para recuperar su actitud, logrando parecer alguien alegre.

—Vosotros me conocéis, pero yo no tengo el mismo placer —dijo cambiando de tema.

—Soy Ornesha Lera y él es Lonus Naa —respondió ella.

—Y ¿qué queréis de mí? A parte de «investigar» una fuente de Fuerza.

—Tenemos problemas con los *sith* —Lonus dejó caer la información de un plumazo.

—¿De nuevo?

—Así es, maestro —contestó Ornesha—. Ayer mismo el Templo fue atacado por un pequeño ejército de hombres armados con sables láser.

—Por tu expresión puedo comprobar que los vencisteis.

—Sí, pero descubrimos algo muy extraño, la cara de los derrotados era blanca, al igual que sus ojos, como si no fueran dueños de sus propios cuerpos.

—¿Te refieres al control mental?

Ornesha afirmó con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer para ayudaros?

—La Nueva Orden *Jedi*, desde su origen, luchó contra *sith* reconocidos, que se encontraban completamente al descubierto. En cambio, la Orden anterior al Imperio lo hizo contra los *sith* en las sombras…

—Pero fuimos derrotados —le interrumpió Mace.

—Fueron traicionados —quiso aclarar Ornesha.

Mace mostró una leve sonrisa de complicidad.

—Es decir, el Consejo *Jedi* quiere que viaje hasta Coruscant para ayudaros a encontrar a estos supuestos lores del lado oscuro.

—Exactamente —dijeron Ornesha y Lonus al unísono.

—¿La Nueva Orden *Jedi* necesita la ayuda de un anciano? —insistió Mace sonriente.

—Pero no de un anciano cualquiera —respondió rápidamente Ornesha con la misma sonrisa.

Seis

La nave de los *jedis* surcaba de nuevo el espacio, dejando atrás una estrella tras otra. Lonus estaba sentado en el puesto del piloto, comprobando que todo funcionaba tan perfectamente como Vynks les había asegurado que lo hacía. A su lado estaba Ornesha, pero ella, en lugar de actuar como copiloto, no podía dejar de mirar al maestro Windu por el rabillo del ojo. El maestro estaba acomodado en uno de los asientos posteriores de la nave, observando con su atenta mirada las estrellas que pasaban a su alrededor. Cuando le habían propuesto que se uniera a ellos para regresar a Coruscant, Windu no había dudado ni un segundo, estaba ávido de regresar al mundo que se había visto obligado a dejar más treinta años antes.

—¿Cómo están los reguladores del motor de hipervelocidad? —preguntó Lonus realizando las tareas habituales de control durante el viaje.

Pero Ornesha no lo escuchó, su cabeza estaba en otro lugar. No podía dejar de pensar en las cosas que deseaba preguntarle al maestro, pero una parte de ella se resistía a comportarse como una joven *padawan* emocionada por conocer a uno de los héroes de la orden. Quería preguntárselo, pero no sabía cómo podía reaccionar un hombre que había estado aislado durante tantos años. Afirmaba que sabía cómo era la galaxia de aquel momento, pero había seguido viviendo en aquella choza en medio de las junglas de Cadannia. A pesar de la larga lista de objeciones que su cerebro le estaba dando, al final, ya no pudo retenerse más y, sin hacerle el más mínimo caso a Lonus, se levantó acercándose a Windu deseosa de conocer que había sucedido después de que fuera vencido por Darth Sidious.

—Supongo que querrás saber que me sucedió tras el combate con Palpatine —afirmó sin dejar de mirar por la ventana de la nave cuando ella se situó a su lado.

—Sí, maestro —contestó Ornesha sorprendida por la claridad de pensamiento de Windu—. Toda la Orden cree que desapareció después de morir a manos del Emperador.

—Por un instante, cuando estaba al lado del gran ventanal del despacho del canciller, pensé que podía acabar con los *sith* yo solo. Pequé de pretencioso. Un hombre no puede acabar con una orden que se ha mantenido en las sombras durante siglos. Los *jedis* creíamos que los *sith* se habían extinguido siglos atrás. Pero nos equivocábamos. —Hizo una pausa, como si reflexionara sobre el error que cometieron los *jedi*—. Cuando Skywalker nos traicionó y rebanó mi mano derecha —dijo levantando el muñón cubierto por las telas de la túnica—. Caí al abismo de Coruscant. En parte tuve suerte que Palpatine y Skywalker me creyeran muerto. Sin embargo, fueron muy estúpidos si el hecho de perder una mano y sufrir una pequeña electrocución había acabado con mi vida. Pero sí que me debilitaron. Ahora apenas recuerdo aquellos minutos en los que caía sin freno desde las alturas. Lo tengo muy borroso. Debía estar conmocionado. —Con la mano hizo un gesto indicando que había perdido la cabeza—. Mi consciencia, después de la derrota, empieza tendido en el húmedo suelo de los bajos fondos de Coruscant. Estaba malherido, débil, sin posibilidades de unirme a la lucha de nuevo, y no tenía a donde ir.

Pero no todo estaba perdido. No muy lejos de donde desperté, en mitad de un charco de vete a saber qué, estaba mi sable, sujetado por mi mano inerte. Como pude, envolví el bulto entre mi túnica y desaparecí de la ciudad.

—¿Cómo pudo abandonar la capital cuando todos los soldados estaban buscando a los *jedi*? —preguntó Ornesha.

—Lo hice como pude. Durante varios días me escondí entre los callejones, descubriendo un mundo que había estado oculto para mí. Apenas comía, y lo poco que podía llevarme a la boca no me ayudaba en mi recuperación. Cuando estuve suficientemente fuerte, me deshice de mi mano y guarde con cuidado el sable para que fuera difícil que otra persona supiera que lo llevaba encima. Tras mucho esfuerzo, al final conseguí uno de los pasajes más baratos en uno de los transportes que abandonaban la ciudad. Y, a pesar de los controles, el demacrado aspecto que había logrado durante aquellos días me hizo invisible a los soldados, que no me reconocieron.

»Sin saberlo, acabé en un planeta del Borde Exterior, plagado de contrabandistas, narcotraficantes, y delincuentes de todo tipo. En este sentido, tenía ventaja, mi aspecto, si bien no permitía conseguir ayuda con facilidad, también impedía que los esclavistas se fijaran en mí. ¿Qué podían sacar de un viejo tullido? Nada.

—Pero usted no era viejo —dijo la *twi'lek*.

—Sí, pero ellos no lo sabían —respondió Windu sonriendo con astucia—. Lo más importante es que nadie supiera que era un *jedi*. Al estar en un planeta tan alejado del centro de la Galaxia, pude pasar desapercibido, pudiendo encontrar refugio entre los empleados de un agradable campesino. Un hombre justo y trabajador. Me ayudó a recuperarme, tanto físicamente como mentalmente. Hasta entonces se puede decir que actué por instinto. Fue allí, en las granjas de humedad de ese hombre, que comprendí que mi exilio, si bien no muy honorable, había sido lo mejor que había podido hacer. Supe de la Purga y de la masacre que Sidious y Vader llevaron a cabo entre los nuestros. Quise actuar, responder. Pero había perdido las capacidades, hubiera sido más un estorbo que una ventaja para la resistencia.

La voz de Mace se fue apagando hasta que desapareció, quedándose en silencio a la vez que bajaba lentamente la cabeza.

—Siento vergüenza por mi cobardía, por haber puesto mi supervivencia por encima de la de la Orden…

—No diga eso, maestro, fue el primero en enfrentarse a un lord *sith*. Eso es cualquier cosa menos cobardía —lo interrumpió Ornesha intentando animarlo.

La *twi'lek* no supo qué quiso decir Windu con el gesto que hizo al oír aquellas palabras, sin embargo, el anciano continuó con su narración:

—Tras unos años trabajando como granjero. Llegando incluso a olvidar quien era en realidad, la edad y la poca disciplina empezaron a hacer estragos en mi cuerpo. Así que cogí todo lo que había ahorrado, me despedí de aquel lugar, y adquirí una nave para esconderme en algún lugar recóndito de la Galaxia, donde pudiera estar seguro a la vez que recuperaba mis antiguas costumbres *jedis*, oculto a los ojos del Imperio.

»Recordé que había un planeta en el Borde Medio que poseía una extraña planta que tenía el poder de incapacitar a aquellos que utilizaban la Fuerza. Así que me escondí en el lugar en el que no se hubiera escondido ningún *jedi*, allí donde sus poderes fueran inútiles. Allí dónde me habéis encontrado, en Cadannia.

—¿Por qué escogió un lugar tan inhóspito? —preguntó Ornesha.

—Para tener una ventaja táctica sobre cualquiera que pudiera atacarme. Además, con el tiempo, supe que las incapacidades de las *senflax* se podían superar, si sabías que tenías que hacerlo.

—Es decir, ¿qué cuando me sacudió estaba utilizando la Fuerza? —preguntó Lonus.

—Cuando te sacudí, lo hice sin utilizar la Fuerza, pero tienes razón al creer que hubiera podido utilizarla —respondió Windu con satisfacción—. Lo siento Lonus, quieras o no, la posteridad sabrá que un anciano te pegó un puñetazo que te dejó tendido en el suelo —añadió aguantándose una carcajada.

Sin embargo, la que no pudo contenerse fue Ornesha, que, literalmente, se rio en la cara de su compañero, mientras este regresaba a los mandos de la nave refunfuñando.

Siete

Pocos minutos después de cruzar la atmósfera de Coruscant, Lonus hizo que la nave descendiera lentamente en dirección al Templo. Cuando habían informado al maestro Skywalker de su hallazgo, este les había ordenado que regresaran de inmediato para proseguir con la investigación sobre los misteriosos *sith*.

A medida que se acercaban al Templo, Ornesha y Lonus pudieron ver cómo, a diferencia de cuando habían regresado de Tatooine, en esta ocasión en la plataforma de aterrizaje les estaba esperando el consejo en pleno rodeado por un gran número de *jedis* curiosos que querían dar la bienvenida a un maestro de la talla de Mace Windu.

—Lo que hace llevar un famoso en la nave —dijo en tono sarcástico Lonus.

—No deseo ningún tratamiento especial —afirmó el anciano con voz preocupada.

—Lo siento, maestro, eso será inevitable —respondió Ornesha cuando la nave se posó en la plataforma.

En el exterior ya se podía ver como los maestros del consejo se acercaban lentamente, encabezados por Skywalker. La serenidad de su mirada contrastaba con el orgullo y la satisfacción que se podía observar en la de los demás.

—Detrás de usted, maestro —dijo Ornesha mientras la rampa de la nave descendía.

A pesar de su negativa a ser recibido con todos los honores, Mace Windu bajó de la nave con extrema dignidad, como si lo hubiera hecho toda la vida. En cuanto pisó el suelo del exterior del Templo, los demás maestros lo rodearon y le estrecharon la mano con firmeza, a lo que él solo podía responder una y otra vez:

—Que la Fuerza te acompañe.

Después de que Pinfeas y Alziferis hicieran lo mismo, el único que quedaba para estrechar la mano era el Skywalker. Ambos hombres se miraron, los separaban cinco décadas, y el último recuerdo que tenía Windu de un Skywalker era el muñón que llevaba oculto bajo la túnica.

—Maestro —dijo Skywalker alargando la mano izquierda para que Mace le correspondiera.

El anciano *jedi* lo observó durante unos segundos, comprobando que, a pesar de que aquel hombre tenía el poder de su padre, en sus ojos se reflejaba la bondad de su madre.

—Luke —respondió al fin Windu devolviendo el saludo, obviando por completo el tratamiento y su apellido.

—Si me permite, le enseñaré el Templo —dijo Skywalker habiendo superado aquel tenso momento.

Dicho esto, el grupo, encabezado por Skywalker y Windu, se encaminó hacia la entrada del Templo, dejando olvidados tras ellos a Ornesha y Lonus.

—O sea, sudamos la gota gorda para traer de nuevo a una leyenda del Orden, y ni tan solo un «gracias» o un «buen trabajo» —protestó Lonus.

—Estas protestas no son propias de un *jedi* —le advirtió Ornesha.

—Lo sé, pero la descortesía tampoco —respondió Lonus lanzando una mirada de reproche al grupo que se alejaba lentamente de ellos.

—Vamos, no te preocupes más y ahora te lo recompenso —le dijo Ornesha con una mirada lasciva.

Lonus se olvidó rápidamente de todo y de todos, y solo pudo pensar en el cuerpo bien torneado y rosado de la *twi'lek*.

A pesar de los años que habían pasado desde que pisara por última vez aquel lugar, la reconstrucción prácticamente exacta que la Nueva Orden *Jedi* había hecho del Templo era, para Mace Windu, como si nunca hubieran pasado aquellos veinte años de reinado *sith*.

Varios maestros le estaban explicando con emoción las novedades y las mejoras que se habían hecho tanto en el Templo como en la orden, esperando que fueran de su agrado. A lo que Mace solo podía responder:

—No soy quién para valorar nada de todo esto, no soy más que un anciano.

Una respuesta que provocaba que todos ellos volcaran cumplidos de todo tipo hacia él. Apenas tenía unos años y la Orden volvía a estar llena de favoritismos, elitismo e hipocresía. Si Ornesha y Lonus le habían causada una grata impresión, ya que, a pesar de estar guiados por impulsos y pasiones, tenían las ideas muy claras. Puede que chocaran en las costumbres, pero se podía comprobar que era de lo que podía estar orgullosa la Nueva Orden, jóvenes *jedis*, inteligentes y astutos, listos para mantener la paz en la Galaxia. No como aquella tropa de lameculos pretenciosos que se hacían llamar «maestros». Bueno, todos no.

Tal vez el que más habría tenido que hablar, aquel que realmente había traído el equilibrio a la Fuerza, permanecía callado, observando como todos los demás parloteaban sin cesar. Ese hombre no se parecía en nada al otro Skywalker que Windu había conocido. Dejando aparte la traición, el padre era impetuoso y temerario, el hijo parecía sereno, reflexivo y, sobre todo, más sabio.

—¿También habéis reconstruido la sala del consejo? —preguntó Windu cuando ya se estaba hartando de las mejores tecnológicas del Templo.

—Por supuesto, maestro. Por aquí. —Le indicó Alziferis con pompa y circunstancia, como si en lugar de un *jedi* estuviera guiando a un rey.

El grupo, que fue menguando hasta que solo lo formaban los maestros del consejo, se dirigió al ascensor que llevaba hasta lo alto de la torre en la que se encontraba la sala del consejo.

Cuando el grupo llegó a la parte superior, Alziferis se puso de nuevo al lado de Windu para seguir con su discurso pretencioso.

—Al reconstruir esta parte del Templo, nos guiamos por los archivos que se conservaron de los últimos años antes del Imperio. Como podrá ver…

Windu lo apartó con el brazo amputado, dirigiéndose con paso decidido hacia aquellas puertas que tantas veces había cruzado. Parecían las mismas de antaño, sabía que no lo eran, pero la sensación de haber viajado en el tiempo era gratificante. Al cruzarlas, la luz del mediodía de Coruscant iluminaba la sala a través de los amplios ventanales. Situadas en círculo había las butacas en las que el consejo se sentaba. Sin embargo no eran las mismas, o no lo eran todas. La butaca especial para Yoda había desaparecido, en su lugar había otra con una forma distinta, más adecuada para un figura mayor. Sin embargo, había una que era prácticamente igual que en sus tiempos. Estaba diseñada para humanos y seguía estando donde la había dejado él la última vez que había salido de aquella sala. Sin pensárselo dos veces, Windu se dirigió hacia aquella butaca, tan parecida a la que tuvo una vez, y se sentó en ella.

—Disculpe, maestro, estas sillas están reservadas a los miembros del consejo —advirtió Alziferis poniéndose nervioso.

—Bueno, la última vez que salí de esta sala yo era el líder del consejo —afirmó sin titubear Windu—. Supongo que puedo ocupar un asiento por mera cortesía.

—Pero… —Alziferis empezó a decir algo, pero el gesto de Skywalker lo hizo callar.

—Ya que estamos aquí, tenemos temas de los que hablar. Alziferis, por favor, puedes tomar otro asiento. Me parece que en la sala de al lado hay sillas plegables —dijo Skywalker.

Windu sonrió al escuchar aquella orden. No se había sentado en aquel asiento por fastidiar a Alziferis, pero le complacía haberlo hecho.

Poco a poco, los demás maestros fueron ocupando sendas butacas, salvo Alziferis, que quiso mantener su orgullo intacto permaneciendo de pie al lado de la puerta.

Al mirar a su alrededor, Windu no pudo evitar sentir nostalgia de otros tiempos. Tal vez no mejores, pero si los suyos. No podía dejar de echar de menos las sabias palabras de Yoda, los sarcasmos de Obi-Wan Kenobi o las brillantes ideas de Ki-Adi-Mundi. Todos habían desaparecido, solo él permanecía allí, como prueba viviente de que, antes del Imperio, también había existido la luz.

—Maestro, lo hemos enviado buscar porqué necesitamos su ayuda —dijo sin más Pinfeas.

—No —respondió Windu sin preocuparse.

—¿No nos ayudará, maestro? —preguntó Alziferis dando un paso adelante.

—No, no. No me habéis ido a buscar, Ornesha y Lonus me han encontrado por pura casualidad. En lugar de mí, hubieran podido encontrar a un *sith* o uno de esos misterioso lugares en los que Fuerza lo envuelve todo —explicó, para después añadir—. Pero ya que estoy aquí, os ayudaré.

Los demás suspiraron aliviados.

Pinfeas prosiguió con la narración de los hechos. El misterio de Tatooine, los invasores del Templo, las infructuosas búsquedas en los planetas más cercanos.

—Aquellos *sith* desaparecieron sin más. En cuanto abandonaron el Templo, se perdió cualquier rastro de ellos —concluyó el maestro de ojos azules.

—Esperamos que su experiencia con los *sith* ocultos nos ayude a combatirlos —concluyó otro maestro.

Windu se echó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, reflexionando sobre lo que le acaban de contar.

Los demás lo observaron, esperaban que cuando menos se lo esperaran, el gran maestro de la Antigua Orden, les brindara un discurso repleto de sabiduría y consejos, que les guiará por el camino a seguir. Sin embargo, Windu se mesó la barba y solo hizo una pregunta:

—¿Cómo llegaron tan rápido al Templo esos atacantes?

Los demás se miraron sorprendidos, no comprendían la pregunta. Sí que la entendían, pero no sabía a dónde quería llegar el anciano con ella.

—Muy sencillo —se respondió el mismo Windu.

—¿A sí? —preguntó Alziferis impacientándose y pensando que Windu había perdido las facultades por estar tantos años exiliado.

—Sí, solo hay una explicación lógica para vuestro problema.

—¿Cuál, maestro? —preguntó Pinfeas.

—Llegaron tan rápido, apareciendo de la nada, y se fueron del mismo modo porque se esconden aquí, en Coruscant.

—Si estuvieran en Coruscant, lo habríamos encontrado de inmediato —contestó ofendido Alziferis.

—¿Seguro? —preguntó levantando las cejas Windu—. ¿A alguno de vosotros se le ha ocurrido inspeccionar todo el planeta?

—No, pero…

—¿Los bajos fondos? ¿La zona industrial? —insistió Windu interrumpiendo a Alziferis.

Los demás se quedaron de piedra al comprender lo que el anciano maestro les estaba haciendo ver.

—Pero si nos presentamos como *jedis* en esos lugares volverán a ocultarse, desaparecerán en cuanto sepan que los buscamos —protestó Pinfeas.

—Por eso necesitáis a alguien que conozca los bajos fondos de esta ciudad.

—¿A quién?

—Solo hay un *jedi* que proceda de ese lugar…

—¡Lonus Naa! —exclamaron varios miembros del consejo a la unísono.

Al oírlo, Alziferis salió de la sala y se dirigió a uno de los guardias.

—Localiza a Lonus Naa y dile que venga de inmediato, el consejo lo espera —ordenó.

De nuevo en la sala, Windu no pudo evitar preguntar en voz alta:

—¿Para esto me habéis traído? ¿Para hacer esta simple relación de ideas? —y añadió recostándose en la butaca—: Menuda Nueva Orden *Jedi,* alguno más como yo os haría falta para meteros en vereda.

Ocho

La bruma y los vapores calientes que desprendían las ventilaciones y las alcantarillas de los bajos fondos de Coruscant, eran lo suficientemente espesos para que los políticos y adinerados que vivían en las alturas no se percataran de los centenares, por no decir millones, de crímenes que se cometían en aquellos callejones de cemento y acero. Drogas, prostitución, asesinatos, eran algunos de los platos que se le podían servir al que desconociera aquel lugar. Por suerte, Lonus no era uno de ellos.

Los dos *jedis* paseaban entre la multitud que se agolpaba en aquellas calles llenas de actividades de todo tipo. Ambos habían dejado las túnicas de *jedi* en el Templo, y se había ataviado de un modo acorde para la ocasión.

Lonus vestía unos pantalones de militar, botas altas, una andrajosa camisa blanca y chaqueta de cuero. Daba la impresión de ser un hombre de recursos. Un punto medio entre un contrabandista y un ladrón. Además se encontraba en su salsa. No es que echara de menos aquel lugar, pero durante casi quince años había recorrido aquellas calles siendo uno más de los ladrones que se beneficiaba de los inocentes que bajaba allí.

Mientras Lonus caminaba seguro de sí mismo y del personaje que interpretaba, Ornesha no hacía más que refunfuñar:

—¿Por qué tengo que ir así vestida? —preguntó al oído de su compañero mientras señalaba con desagrado las prendas que cubrían su cuerpo.

—Yo creo que te sientan bien —respondió él con sorna.

La *twi'lek* le regaló una mirada de odio, un «te vas a enterar», por lo que Lonus no pudo dejar de excusarse:

—Lo siento, Ornesha. En estos sitios lo más normal para una *twi'lek* es ir vestida de este modo. La mayoría de tu especie que se encuentran aquí son esclavas, sirvientas o prostitutas.

—Pero yo no.

—Por supuesto que no, pero si hubieras venido vestida como yo hubieras destacado demasiado.

—¿Y crees que vestida así no destaco?

—Sí, pero no sorprendes, y mucho menos llevas a hacer preguntas que estén fuera de lugar.

Ornesha no quiso insistir más, Lonus se sentía orgulloso de que le hubieran dado aquella investigación, era la primera misión que llevaba por su cuenta en lugar de ser un mero segundón de la *twi'lek*. Sin embargo, ella seguía pensando que el hecho de haberla vestida de aquel modo, tenía que ver con alguna extraña fantasía erótica de Lonus.

Parecía que fuera desnuda. Su cabeza, habitualmente libre de engorrosos tocados, estaba cubierta por un casquete de cuero con unas tiras de cuero trenzadas alrededor de sus colas craneales. Y por el contrario, su cuerpo de color rosa chillón, que normalmente cubría con una túnica de *jedi*, ahora estaba prácticamente al descubierto. La parte superior de su cuerpo estaba cubierta por dos simples tiras de cueros que iban de los

hombros hasta la cintura, cubriendo, con suerte, sus generosos pechos. De cintura para abajo, las tiras seguían, uniéndose en el centro de su cuerpo, dejando ver sus torneadas caderas. Por suerte, pensaba Ornesha con ironía, el pudor aparecía a partir de las rodillas, ya que sus pies y la parte baja de las piernas estaba protegida por unas botas de cuero a conjunto con las tiras y las diminutas braguitas que cubrían sus vergüenzas más íntimas.

—Sigo pensando que esto tiene que ver con tu mente calenturienta —afirmó la *twi'lek* tras volverse a mirar.

Lonus sonrió con malicia.

—Tú no te rías —le espetó—. Apenas puedo moverme sin dejar al aire uno de mis pechos. ¿Y si tenemos que luchar?

—Tendrás que pedirme primero tu sable —contestó Lonus.

—Sí, claro, por qué no tengo bolsillos —protestó ella.

Lonus se puso el dedo índice frente a su boca, pidiéndole silencio.

—Empezamos a atraer demasiadas miradas —susurró Lonus.

—¿Y qué debemos hacer?

—Disimular —respondió Lonus a la vez que le soltaba una palmada en el culo de Ornesha, para añadir casi gritando—: Pórtate bien, *twi'lek*, o tendré que volver a atarte.

Ornesha lo contempló con odio una vez más, pero sabía que como alguien supiera que eran *jedis*, sería difícil salir de ese lugar con vida. Así que, sin pensárselo demasiado, pegó su cuerpo al de Lonus como si suplicara con sus curvas que no volviera a atarla.

—Ha colado —susurró Lonus—. Acelera.

Ambos anduvieron más deprisa y giraron por una calle.

—Vale, pero la próxima vez serás tú el que se vista como un esclavo sexual —le advirtió Ornesha clavándole un dedo en el pecho, mientras Lonus no podía dejar de reír.

Tras un largo paseo, en el que callejearon sin parar, no encontraron ninguna pista que los pudiera llevar hasta los misteriosos *sith* enmascarados, así que optaron por hacer una investigación más directa entrando en todos locales que encontraban, aunque con ello empezaran a levantar sospechas a su alrededor.

—Ahora, cuando entremos, sígueme la corriente —ordenó Lonus deteniendo a Ornesha antes de entrar en el primer local.

—¿En qué sentido?

—Pues… —Lonus dudó en contarle la idea que tenía en mente desde que habían decidido empezar a preguntar.

—O me dices qué pretendes que haga, o regreso al Templo.

Lonus la miró titubeante, sabía que con lo que le iba a decir se jugaba el físico.

—Bueno… He pensado que… Bueno, algunos de los hombres que interroguemos hablaran antes si están distraídos… Ya sabes.

—¿El qué debo saber? —Ornesha empezaba a enfadarse.

Lonus no respondió, solo bajó la mirada hasta dejarla a la altura del pecho de Ornesha.

—¿Se puede saber qué miras…? —preguntó ella dirigiendo los ojos a sus pechos.

Al comprenderlo, Ornesha levantó la cabeza enrojecida de furia.

—¿No pretenderás que…?

—Solo muestra tus encantos para que los interrogados estén más pendientes de ti que de lo que yo le pregunte.

Ornesha no se atrevió a responder, porque sabía que si lo hacía acabaría cortando algún miembro de Lonus, y no pensaba precisamente en las manos.

Segundos después de que ella cruzara la puerta, un centenar de miradas se pegaron a su cuerpo. Hombres y mujeres de una decena de especies la observaban con ojos lascivos.

Lonus en seguida apareció y se puso a su lado, no por protegerla, sino para que los demás supieran que aquella chica alienígena no viajaba sola, ya que para protegerse, incluso sin sable, Ornesha se valía sola.

La pareja se acercó a la barra, dónde Lonus llamó la atención del barman, sin embargo este no le presto demasiada atención.

—Hola —dijo Lonus abalanzándose sobre la barra—. ¿Con quién tengo que hablar para conseguir algo de información?

Al oír aquella pregunta, el hombre se dirigió en seguida hacia ellos.

—Depende —respondió.

—Depende, ¿de qué? —preguntó Lonus.

—De lo grande que tengas el bolsillo…

El hombre quería negociar, pero cuando Ornesha también se abalanzó sobre la barra para escuchar la conversación, dejando entrever esas dos grandes virtudes, el hombre ya no supo que era lo que quería a cambio de la información.

Lonus sonrió, su plan había funcionado.

—¿Se ha visto alguien sospechoso últimamente por aquí?

—Todos somos sospechosos, incluso vosotros dos —respondió sin apenas mirar a Lonus.

—Quiero decir, si se ha visto a alguien blandiendo armas de color rojo.

—¿Rojo?

—Sí, sables de luz rojos.

Al oír aquello, el hombre dejó de prestar atención a Ornesha y se encaró de nuevo con Lonus.

—¿Qué tienes miedo a que los *sith* regresen? —le preguntó, y añadió volviendo a mirar a Ornesha—. Vaya tipo más valiente te has buscado, ¿eh, preciosa?

—Dímelo a mí —respondió ella sonriendo.

—Pero, ¿has visto a alguien con esas armas o no?

—Los *jedis* se los cargaron a todos, ¿cómo va a quedar alguno?

Lonus permaneció en silencio, lo que el hombre comprendió como que estaba esperando una respuesta más clara.

—No, ¿vale? No he visto a nadie así. ¡Vaya tío más obsesionado! —exclamó al final, mientras intentaba ligar con Ornesha, que parecía reírle todas las gracias.

—Tu información nos ha sido muy útil —dijo Lonus dejando un par de créditos sobre la barra, para después dirigirse a la *twi'lek*—: ¿Nos vamos, cariño?

—¡Oh, sí, claro! —respondió ella fingiendo falsa alegría—. Adiós, simpático —dijo despidiéndose del barman.

Cuando ya casi estaban en la salida, Ornesha volvió a recuperar su tono habitual de voz:

—Un segundo más y le parto la cara a ese baboso —espetó la *twi'lek*.

—Esa es mi chica —contestó Lonus sonriendo cogiéndola por el hombro.

A lo que ella solo pudo hacer un largo suspiro antes de decir en tono desconsolado:

—Y solo ha sido el primer bar.

Sin embargo, en todos los bares, clubes, tabernas y antros de todo tipo en los que entraron, la respuesta fue muy similar a la que había dado aquel barman lascivo.

—¿Un *sith*? ¿Estás loco, chaval? —decía uno.

—¿Sables rojos? Hace diez años que no se ven por ningún sitio de la Galaxia —decía otro.

—Eso pregúntaselo a los *jedis*. Se rumorea que alguien con esa descripción los atacó hace poco —explicaba un tercero.

Tras tener tan poco éxito con sus pesquisas, Lonus condujo a Ornesha hasta un callejón solitario, para poder hablar sin que un centenar de oídos los escucharan. El espacio entre los edificios era amplio, pero el final de la calle estaba bloqueada por una reja, pero la niebla de vapor que flotaba a su alrededor lo empequeñecía.

—Y ahora, ¿qué? No damos pie con bola —protestó.

—Deberíamos regresar al Templo e informar al consejo, puede que ellos tengan una visión de conjunto.

Lonus levantó una ceja con suspicacia.

—Vale, seguramente tendrán menos ideas que nosotros, pero es lo que debemos hacer —admitió Ornesha.

Antes de que Lonus tuviera tiempo de seguir protestando, un inconfundible sonido llamó la atención de ambos. Entre el vapor, que dejaba de alzarse, tres haces de luz roja acompañaron al singular sonido que hacía un sable láser al activarse.

Con una rapidez y una habilidad pasmosas, Lonus también activó su sable y le pasó a Ornesha el suyo para que hiciera lo propio.

—Venga, muchachos, acercaos —dijo Lonus poniéndose en posición de ataque—. He acabado con tantos de vosotros que he perdido la cuenta.

De entre la bruma salieron dos *sith* enmascarados, el primero blandía un único sable, pero el segundo llevaba uno en cada mano, y por la posición de ataque parecía más experto.

—¿A qué esperan para atacar? —se preguntó Lonus en voz alta.

Pero, justo cuando Ornesha estaba encogiéndose de hombros, los dos enmascarados empezaron a hablar con una misteriosa y enigmática voz grave, cavernosa, que resonaba más de lo que lo hubiera hecho una voz normal:

—He sabido que preguntáis por mí —dijeron al unísono.

Lonus y Ornesha se miraron, y sin saber que decir, corrieron hacia sus enemigos, sabiendo que aquel era el único modo de detenerlos.

Nueve

A pesar de que los dos *jedi* se precipitaron hacia los *sith*, estos apenas se inmutaron. El único movimiento fue por parte del que blandía un sable, que se hizo a un lado para que el otro pudiera enfrentarse. En un primer momento, Lonus intentó bloquearlo para que Ornesha pudiera enfrentarse al que se había detenido, sin embargo el *sith* de los dos sables los detuvo a ambos.

Los dos *jedis* no dejaban de realizar estocadas y profundos cortes, pero el *sith* lograba esquivarlos o detenerlos, mientras el otro observaba tras su máscara. Aquel hombre, si es que todavía lo era, se movía de tal manera y tan rápido que impedía que ni Ornesha o Lonus pudiera avanzarse para herirle, los tenía controlados y, literalmente, contra las cuerdas.

Ante la impotencia, y con la esperanza de ganar espacio, Ornesha lo empujó con la Fuerza, dando el margen suficiente a Lonus para que este soltara un movimiento circular directo con la cara de su enemigo.

Al verlo, el otro *sith* se irguió sorprendido, sin embargo el corte había sido superficial. Lentamente, el *sith* de los dos sables levantó la cabeza, mientras la máscara se desprendía de ella, dejando a la visa la misma piel blanquecina y los mismos ojos de pupilas blancas que habían visto días atrás. Pero en esta ocasión un corte limpio y candente cruzaba su cara.

Los dos *jedis* respiraban profundamente, el esfuerzo físico que estaban realizando estaba superando su entrenamiento. Durante un segundo ninguno de los cuatro se movió. El *sith* al que habían arrancado la máscara les regaló una horrible sonrisa, y antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, volvió al ataque, impidiendo que ni Ornesha ni Lonus pudiera hacer nada más que bloquear sus poderosos golpes.

A cada estocada que el *sith* daba, la sonrisa aumentaba de tamaño y su expresión de locura se acrecentaba por segundos. Parecía que sus horribles ojos blancos no los estuvieran mirando, como si fuera más allá de sus cuerpos. Su boca, que mostraba una dentadura cuyas encías eran también de un blanco lechoso, no dejaba de soltar espumarajos sobre ellos.

—¡Joder, qué asco! —exclamó Ornesha al sentir la salvia caliente sobre su piel.

Pero Lonus no respondió, a pesar de estar concentrado en bloquear los golpes de sable de su rival, claramente estaba pensando en otra cosa. Ornesha lo observó como pudo. Lonus era una persona tranquila y amable, pero cuando se enfadaba era como un torbellino de violencia.

Inesperadamente, Lonus recibió una estocada en la cadera, obligándole a arrodillarse. El *sith* mostró una sonrisa triunfal, de una patada lanzó a Ornesha hacia una de las paredes del callejón, mientras gozaba de la proximidad de la muerte del otro *jedi*.

—Los *jedis* no son rivales para mí —dijo aquel hombre con la extraña voz con la que antes había hablado.

Desde dónde había ido a parar, Ornesha solo veía como los hombros de Lonus iban de arriba abajo, impulsados por sus rápidas respiraciones.

El *sith* se paseaba de un lado a otro frente a Lonus, como si esperara que alguien le ordenara que acabara con su vida.

«No puede ser, no puede ser que esto termine así», pensó preocupada sintiendo como las lágrimas empezaba a descolgarse de sus ojos.

El *sith* se detuvo frente a Lonus, desactivó uno de los sables y alzó el otro a punto de asestar el golpe final.

—Eso era lo que estaba esperando —dijo Lonus alzando la cabeza para ver como el *sith* mostraba una expresión de extrañeza en su lechoso rostro.

Un instante después, la hoja del sable láser de Lonus había cortada las piernas al *sith* a la altura de las rodillas y, después de que el cuerpo de su rival cayera, le cortó el cuello haciendo saltar la cabeza a unos metros de él.

—El único que la babea soy, pedazo de capullo —le espetó Lonus.

A Ornesha no le gustó ese chascarrillo final, pero se alegraba de que su compañero estuviera vivo y que pudiera levantarse.

—Y tú, ¿qué coño miras? —le preguntó al otro *sith* que permanecía de pie ocultando su rostro tras la máscara.

A pesar de que Ornesha esperaba que ese misterioso *sith* se enfrentara a Lonus, desactivó su sable y, utilizando la Fuerza, empezó a saltar para desaparecer entre los edificios.

—¡Eh! Qué no he acabado contigo, cobarde —le espetó Lonus al verlo huir.

Al ver aquello, Ornesha se levantó rápidamente y se acercó al humano.

—¡Rápido! ¡Tras él!

—Por si no lo has visto apenas puedo andar —protestó Lonus.

—Iré yo, regresa al Templo y avísales, volveré cuando sepa dónde se esconden —respondió la *twi'lek* con firmeza antes de empezar a correr.

Lonus se quitó la chaqueta rápidamente y se la lanzó.

—Ponte esto, y lucha con un poco de dignidad sin que se te vea nada —contestó el otro.

—Muy gracioso, Lonus —dijo ella antes de desaparecer por el mismo sitio por el que lo había hecho el *sith* enmascarado.

—Ten cuidado, por favor —respondió Lonus en un susurro frunciendo el ceño de preocupación.

Lonus cruzó las puertas del Templo cuando la luz del día estaba desapareciendo tras el horizonte. Había hecho lo imposible para llegar cuanto antes y avisar al consejo.

—¡Maldita sea! La próxima vez solicitaré un bastón láser —protestó.

—Lo siento, señor, el Templo está cerrado… —dijo uno de los guardias.

—Soy Lonus Naa, merluzo, corre a avisar al consejo de que nuestras investigaciones han dado sus frutos —le espetó mientras la herida que el *sith* le había hecho en la pierna lo torturaba—. Me encontrarán en la enfermería.

Minutos después, mientras una de las doctoras vendaba la herida de Lonus, los maestros Pinfeas, Alziferis y Skywalker llegaron a la enfermería.

—Ha tenido suerte de que la herida sea superficial y de láser, ha cauterizado limpiamente y se puede decir que está cerrada, sin embargo ha afectado a los músculos de la zona —explicó la doctora, antes de añadir—: Necesitará una intervención y un período de reposo.

—¿Reposo? No puedo reposar, y menos con Ornesha sola persiguiendo a uno de esos pirados de los sables rojos —respondió enfadado Lonus.

—Tranquilo, Naa, ¿qué ha sucedido? —intervino Skywalker indicándole a la doctora que dejara las curas para más tarde.

Lonus se controló como pudo para no levantarse y salir corriendo en ayuda de Ornesha. Era consciente de que por muchas ganas que tuviera no sabía dónde se encontraba en aquel momento.

El *jedi* estaba recostado en la camilla, con Skywalker a la derecha y los otros dos maestros a la izquierda. Sin dejar de estar nervioso, les contó todo cuanto había sucedido desde que habían abandonado el Templo con la misión de descubrir el escondite de los *sith*.

A pesar de que el relato fue conciso, fue largo. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido desde que había visto como Ornesha había desaparecido entre los vapores de la ciudad, esta no había dado señales de vida.

—Debemos ir a por ella, maestro —dijo Lonus.

—Entiendo tu preocupación, Naa, pero no podemos emprender una búsqueda sin saber dónde se encuentra. Con el peligro añadido de comprometerla si se ha escondido —explicó Pinfeas.

—Desafortunadamente, lo único que podemos hacer es esperar a que regrese al Templo —dijo Skywalker.

—¿Y si no regresa? —preguntó Lonus preocupado.

—Tranquilo, regresará. Conocemos bien a Ornesha para saber que conseguirá volver sana y salva —respondió el maestro Skywalker—. Ahora, descansa, lo necesitas.

Dicho esto, los tres maestros abandonaron la enfermería, dejando a Lonus sumido en la oscuridad del Templo, temiéndose lo peor.

Tras dejar atrás a Lonus, Ornesha emprendió la carrera tras el *sith* huidizo. En un primer momento, cuando había subido a los tejados de los edificios más bajos de Coruscant, creyó haberlo perdido. Sin embargo, tras inspeccionar a su alrededor, vio como una oscura figura saltaba de un lado a otro entre chimeneas metálicas y columnas de vapor que subían hacia el cielo nocturno del planeta.

Poco a poco, Ornesha pudo recortar distancias con su presa, pero intentó mantenerse oculta a sus sentidos, para evitar un nuevo enfrentamiento que le impidiera descubrir hacia donde se dirigía.

Los bajos fondos quedaron atrás, y el *sith* y la *jedi* fueron adentrándose cada vez más en la zona industrial del planeta. Atrás quedaron las calles cubiertas de vapor y de bruma, con delincuentes en cada esquina, frente a ellos se alzaban grandes edificios y naves industriales de color negro opaco. Una luz rojiza, procedente de los hornos que estaban siempre en funcionamiento, iluminaba todo a su alrededor, dejando ver el polvo metálico que había sobre todas las paredes y suelos de la zona. De lejos se podía oír el retumbar de la maquinaria pesada cuya actividad no cesaba nunca.

Ornesha era consciente de que aquel lugar existía, sin embargo su aspecto era desalentador. Apenas se veía el cielo, un calor incómodamente artificial la hacía sudar a mares, mientras un olor acre lo envolvía todo. El que no parecía afectado era el *sith* que no dejaba de saltar de un lugar a otro.

De repente, el *sith* se detuvo, miró a ambos lados como si comprobara que nadie lo siguiera, y cruzó la claraboya de una de aquellas horrendas naves industriales, desapareciendo en su interior.

La *twi'lek* se acercó al lugar con pasos precavidos, no quería ser atrapada. No se oía nada, no se veía nada, solo podía sentir unas potentes alteraciones en la Fuerza. Tras varios minutos avanzando con cautela, pudo mirar a través de la claraboya por la que se había escurrido el *sith*.

—¡Mierda! —exclamó entre susurros al ver que aquella entrada daba a una escalera que descendía en la oscuridad.

Por un segundo dudó, no sabía si proseguir con la persecución o volver al Templo a informar. Pero la intuición la llevó a meterse por aquel sitio y empezar a bajar.

Aquellas escaleras estaban sumidas en las tinieblas. Pero no se veía ninguna puerta o acceso a la nave. El nerviosismo la recorría de arriba abajo, mientras unas gotas de sudor frío descendían por el lateral de su frente.

Tras un lento avance, pudo ver que, varios tramos de escalera por debajo de ella, se podía ver una fuente de luz, y, justo en ese instante, la sombra del *sith* que había perseguido la cruzó. Aceleró el paso sabiendo que aquel lugar tenía una salida.

Minutos después, Ornesha cruzó la puerta yendo a parar al interior de una gran nave industrial completamente vacía. No había las habituales máquinas y obreros. En su lugar, había cientos de aquellos *sith*, de pie y sin moverse, como si fueran robots inactivos. En la pared del fondo se veía a hombres y mujeres encadenados a la pared. Ornesha los observó, parecían inconscientes, y lo comprendió. Eran individuos listos para unirse al ejército de acólitos *sith*.

Pero lo que le llamó la atención fue lo que vio al otro lado de la nave. Encima de un entarimado, paseando de un lado a otro, levantando los brazos y mientras los *sith* se movían a su son, como si estuviera dirigiendo aquel peculiar ejército, había una figura

oculta bajo un manto de telas negras. Ni tan solo el espacio vacío de la capucha permitía ver quién o qué se escondía debajo.

La *jedi* se ocultó tras una de las anchas columnas que sostenían el techo acristalado de la nave, y examinó con atención a aquella figura. No parecía que empuñara sable alguno, sin embargo, el hecho de estar dando órdenes a los demás, la llevó a concluir que se trataba de un nuevo maestro del lado oscuro. Pero, lo que la corroía por dentro, fue que no podía identificar quién era.

La figura se giró y, por un segundo, la mirada de Ornesha se cruzó con la suya, como si observara donde estaba oculta la *twi'lek*. El corazón latió con fuerza en el pecho de la *jedi*, ya que, durante aquel instante, había podido ver como dos puntos rojos refulgían en el interior de la capucha. Aquellos ojos que brillaban con la misma luz que los sables de sus siervos, eran los de un maestro *sith*.

Ornesha supo que ya se había arriesgado suficiente, así que giró sobre ella misma para volver a subir aquella oscuras escaleras, pero la voz cavernosa que había oído junto a Lonus en el callejón volvió a oírse, pero esta vez amplificada por un centenar:

—Detente, *jedi* —ordenó.

Ornesha miró hacia el interior de la nave industrial, todos los acólitos la miraban a través de sus máscaras. Parecía que todos aquellos *sith* hablaban al unísono con la misma voz, una que no era la suya. Pero la *twi'lek* comprobó algo, no todos la observaban, la figura encapuchada de la tarima miraba hacia otro lado, ajena a todo lo que podía suceder a su alrededor.

Al verse amenazada, Ornesha se levantó para salir rápidamente de ese lugar, pero, cuando todavía no había tenido tiempo de acabar de ponerse en pie, aquellos *sith* empezaron a rodearla, impidiéndole que saliera de aquel lugar.

—Deberías haberlo pensado antes de meterte en la boca del… Rancor —dijo de nuevo aquella voz soltando una malvada carcajada a través de los cuerpos de aquellos *sith*, riéndose de su propia gracia.

Los acólitos la agarraron con firmeza de los brazos, impidiendo que pudiera escaparse, arrastrándola hacia la tarima, dónde la figura encapuchaba la esperaba observándola con aquellos luminosos y penetrantes ojos.

Diez

Los acólitos *sith* la arrojaron a los pies de la figura encapuchada. Ornesha no pudo evitar golpear dolorosamente con sus rodillas contra el suelo. El misterioso maestro *sith* se acercó a ella, y la *twi'lek* pudo sentir que desprendía un extraño calor, como si en su interior tuviera todos los altos hornos de la zona industrial de Coruscant. Era desagradable y aterrador, y más cuando el *sith* cogió su sable y con una mano oculta bajo un guante, lo partió por la mitad fundiéndolo.

—Fuiste tú el que nos enviaste aquella prueba falsa de Tatooine —dijo Ornesha intentando entrever quién se ocultaba bajo aquella capucha.

—Claro —le espetó con un bufido aquella voz cavernosa—. Pero desafortunadamente el consejo *jedi* solo os envío a ti y al inútil de tu aprendiz. Con aquella estratagema contaba encontrar el Templo desguarecido para poder hacerme con él.

—¿Y qué hubieras hecho? El Templo *Jedi* no es más que un edificio. ¿Qué hay en él para que quieras conquistarlo? —preguntó Ornesha.

—Conocimientos. —La voz que le respondió ya no era la misma terrorífica que procedía de los acólitos. En su lugar era la voz de una mujer.

—¿Qué eres? —preguntó Ornesha temiéndose lo peor.

La mujer pareció carcajearse en su cara.

—¿Me crees tan estúpida como para revelarte mis planes?

—No pasaría nada si lo hicieras, estás a punto de acabar con mi vida, ¿no?

—¿Eso crees? Me subestimas, tengo otros planes para ti —respondió la *sith* antes de ordenar con un gesto a sus acólitos para que encadenaran a la *twi'lek*—. Serás la líder de mis ejércitos. A partir de mañana serás mi nueva aprendiz —concluyó entre diabólicas risas.

Ornesha pareció ceder a las exigencias de su captora, pero solo hasta que tuvo a mano uno de los sables de uno de aquellos descerebrados *sith*. Con la fuerza lo atrajo hacia ella, activándolo al instante para partir por la mitad a los dos pobres desgraciados que pretendían ser sus carceleros. De un saltó regresó a la tarima y acercó la hoja del sable robado al cuello de la encapuchada.

Por el rabillo del ojo pudo ver como las decenas de acólitos daban un paso hacia ellas, listos para defender a su maestra.

—Si alguno de tus aprendices se mueve, te rebano el cuello —amenazó la *twi'lek*.

A pesar de ser una *jedi*, una guardiana de la paz, Ornesha sabía que de aquella amenaza dependía su supervivencia.

—¿Crees que con esto tendrás suficiente? —preguntó la *sith* sin inmutarse—. Antes de que tengas tiempo de mover este sable un centenar de mis hombres te habrán desmembrado con sus manos.

Ornesha miró bajo la capucha, estableciendo contacto visual con aquellos ojos encendidos en rojo.

—No sabes a qué te enfrentas —le advirtió la *sith*.

—Y tú tampoco —contestó la *twi'lek*.

—¿A qué te refieres?

—De momento has podido controlar a tus aprendices, pero un día se rebelarán, y con la primera que acabarán, serás tú.

La *sith* volvió a reír.

—Mira que eres estúpida, *jedi*. Estos seres no son aprendices, apenas podría decir que son personas, y mucho menos *sith*.

Ornesha frunció el ceño sin comprender a que se refería su rival, que parecía no percatarse de la hoja láser que tenía a ras de cuello.

—Para qué tener un solo aprendiz perfecto, que algún día pueda matarme, cuando puedo tener a un todo un ejército, obediente, leal y prescindible —explicó la *sith*—. Supongo que los *jedi* ya habréis examinado a alguno de sus cuerpos y habréis descubierto que son…

—Cascarones vacíos, muertos vivientes —dijo Ornesha concluyendo la frase de la *sith*.

—Vuestras sospechas eran ciertas —terminó la mujer.

A pesar de que tanto ella como los maestros habían tenido en cuenta en aquella posibilidad, Ornesha se quedó desconcertada y, para su desgracia, también desconcentrada.

Sin que la *twi'lek* pudiera reaccionar, la *sith* pegó un salto hacia atrás, alejándose de la hoja que blandía Ornesha. La *jedi* no pudo más que imaginarse lo peor, morir bajo un montón de *sith* enloquecidos sedientos de sangre, pero ninguno de los acólitos se movió un ápice.

—¿No ordenas que me ataquen? —preguntó.

—¿Para qué? Si puedo tener el placer de acabar personalmente contigo —contestó la mujer.

Habiendo dicho estas palabras, mientras Ornesha esperaba que atacase, la *sith* se desprendió de la túnica y la capucha, dejando a la vista la parte superior de su cuerpo. Tenía el aspecto de una mujer humana, vestida con unos anchos pantalones negros que cubrían sus piernas, al igual de unas botas de piel del mismo color. Llevaba una melena recogida en un moño sobre su cabeza, dejando algunos mechones sueltos. Por su aspecto parecía una muchacha joven, alguien quién habría podido estar orgullosa de su cuerpo, pero su piel había perdido su color natural, luciendo, en su lugar, un tono grisáceo y apagado. Pero lo que más destacaba no era el color de su piel, sino unas grietas que le recorrían el cuerpo que desprendían una luz muy parecida a la de sus ojos. Además, a cada movimiento que hacía, aquella luz chisporroteaba como si estuviera viva.

—¿Pero qué diablos…?

La mujer rio, haciendo que pedazos de lo que parecía cristal rojo se desprendieran de su cuerpo cayendo al suelo.

—No te asustes, *jedi*, dentro de un rato ya no recordarás nada de esto —dijo la mujer mientras mostraba un sable cuya empuñadura era el doble de lo habitual, activándolo inmediatamente después.

Ornesha optó por una posición defensiva, antes de atacar quería saber de qué era capaz aquella extraña mujer.

—A pesar del aspecto, no duele… Demasiado —explicó la *sith* empuñando su sable relajadamente con la mano izquierda—. Los viejos escritos *sith* explican muchas cosas, como que la utilidad de los cristales más allá de su uso en el interior de los sables.

Ornesha no se movió, mientras la *sith* se acercaba tranquilamente, como si no estuviera a punto de iniciar un combate mortal.

—¿Sabes que si consigues que el cristal se vuelva líquido, puedes inyectártelo? —explicó con una amplia sonrisa—. Con ello consigues un aumento exponencial de tu vinculación la Fuerza.

Ornesha no se inmutó, pero no pudo evitar pensar en qué se le había pasado por la cabeza a aquella mujer para llevar a cabo aquel experimento.

—Lo siento, preciosa —dijo la mujer con una voz dulce pero cargada de odio—, te estoy entreteniendo y tenemos algo más importante que discutir.

Apenas hubo terminado la frase, la *sith* se abalanzó sobre Ornesha soltando un grito que también resonó a través de las máscaras del centenar de acólitos que observaban sin inmutarse al combate.

La *sith* descargó un poderoso sablazo que Ornesha pudo desviar hábilmente. Con el sonido de las fábricas que había alrededor de fondo, como si fueran tambores que sonaban al son del combate, las dos mujeres se enzarzaron en un rápido y mortal combate, haciendo chocar las hojas rojas de sus sables con tal furia, que a cada golpe que daban una potente luz las iluminaba a ambas.

El odio que desprendía la *sith* era palpable con cada golpe que daba. Por su parte, Ornesha estaba dejando que aquella peligrosa mujer mostrara sus cartas, para poder atacar más adelante.

A medida que el ritmo del combate se aceleraba, Ornesha pudo ver que la intensidad de la luz que salía de las grietas de la piel de la *sith* variaba, según si se estaba esforzándose más o menos.

«Estas grietas. Esta luz… Son sus venas y su sangre», pensó Ornesha. Si aquella mujer se había inyectado cristal líquido en su cuerpo, este debía haber invadido o sustituido su sangre, provocando aquellos estragos en su cuerpo.

A pesar de esa deducción, la *twi'lek* comprobó que no podría mantener mucho rato más el ritmo del combate. La energía de la *sith* parecía incombustible, debía actuar cuanto antes.

La *sith* golpeaba, la *jedi* esquivaba. Golpe, esquivo, golpe, esquivo. Ornesha buscaba el hueco para soltar una certera estocada a su rival. Poco a poco, vio que la confianza que aquella mujer tenía al golpearla dejaba un vacío en sus defensas. Un vacío que debía aprovechar.

Otro golpe, otro esquivo. Golpe, esquivo, golpe… Estocada al pecho. La *twi'lek* había logrado alargar el brazo que empuñaba el sable justo en el instante que la *sith* descargaba otro de sus poderosos golpes, consiguiendo clavarle el sable en mitad del pecho. Allí dónde aquella mujer tenía el corazón, si es que todavía lo conservaba.

—¡Nooo! —gritó la *sith* a la vez que su voz resonaba en los cuerpos de sus acólitos.

La mujer dio unos pasos hacia atrás, dejó caer su sable a un lado mientras intentaba arrancarse el que Ornesha le había clavado en el pecho y que, sorprendentemente, no se había desactivado.

A cada paso que daba la *sith*, sus movimientos se ralentizaban, como si algo le impidiera doblar sus músculos. La *twi'lek* se alejó de ella, temiéndose lo peor. La mujer se arrodilló con las manos en la empuñadura del sable que le cruzaba el pecho de parte a parte.

—¡Malditos sean los *jedis* y su suerte! —exclamó, pero su gritó se quebró al mismo tiempo que las grietas de su cuerpo aumentaban y quedaba completamente paralizada mostrando una horripilante mueca de dolor.

Durante unos segundos no sucedió nada, pero de repente el cuerpo petrificado de la *sith* estalló en mil pedazos, convirtiéndose en diminutos cristales rojizos, a la vez que los acólitos se desplomaban sin vida en el suelo de la nave industrial.

—Cuando se lo cuente a Lonus, no se lo va a creer —dijo Ornesha mirando a su alrededor, hasta que encontró lo que buscaba.

Se acercó sin prisas y se agachó para recoger el sable de luz de la *sith*. Era la única prueba que le podía llevar al consejo, excepto un centenar de cuerpos con los que, con total seguridad, no podría cargar hasta el Templo.

Tras largas discusiones con los miembros del consejo, Lonus había logrado convencerles, con la ayuda del maestro Windu, de la necesidad de ir en busca de Ornesha. No solo por el bien de la *twi'lek*, sino de la orden, ya que si ella desaparecía, también desaparecerían las posibilidades de acabar con aquellos misteriosos *sith*.

Finalmente, Skywalker y Pinfeas habían accedido a salir con Lonus y Windu en busca de la desaparecida *jedi*, y ahora los cuatro se dirigían hacia la entrada del Templo para emprender una misión titánica a la vez que imposible, según Alziferis.

—Lonus, no pretenderás salir de este modo —dijo Pinfeas al verle cojear de forma exagerada—. ¿No te han recomendado reposo?

—Así es, maestro, pero ¿qué es una cojera comparada con la vida de una compañera, de una amiga de una…?

—¿De una qué? —le interrumpió la voz de una mujer que entraba al Templo.

—¡Ornesha! —exclamó Lonus al verla—. ¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tardabas tanto?

—Con tranquilidad, mi querido *padawan*.

Al oírlo, Lonus refunfuñó.

—¿Puedes explicarnos qué ha sucedido? —preguntó el maestro Skywalker, aparentemente alegre al ver que su antigua aprendiz seguía con vida.

—Si me lo permite, maestro, prefiero descansar y mañana por la mañana les informaré encantada junto al resto del consejo —respondió Ornesha perdiendo fuerzas.

Al ver que Pinfeas y Skywalker no estaban muy de acuerdo con la respuesta, Ornesha accedió y les contó, lo más resumido posible, todo lo que había sucedido tras dejar a Lonus en aquel callejón, incluyendo su combate con la *sith*, el hecho de que esta se había inyectado cristal líquido en las venas y cómo había acabado estallando.

—Así que, por lo que nos cuentas, la amenaza ha sido neutralizada —dijo Pinfeas dubitativo.

—En efecto, maestro —respondió Ornesha.

—Puedes retirarte —afirmó Skywalker dando por zanjado el tema, aunque a la mañana siguiente la *twi'lek* debía informar de forma oficial al consejo en pleno.

—Sin embargo —dijo Windu cuando todos ya se encaminaban a sus respectivas habitaciones—, si alguien ha podido despertar de nuevo el lado oscuro de la Fuerza, no debería sorprendernos que, en un futuro, eso se repita.

Los demás lo observaron escuchando las sabias palabras del antiguo maestro.

—Debemos estar atentos, estimados amigos, muy atentos a lo que el camino de la Fuerza nos depara.

Y, sin añadir nada más, Mace Windu desapareció por un pasadizo mientras que los demás se miraban unos a otros, preguntándose, para sus adentros, que había de cierto y probable en aquellas enigmáticas palabras.